

La sonrisa vertical

Beacul

S. G. Clo'zen



Beacul nos lleva a un terreno en cierto modo tabú, el de la sumisión erótica. Un libro así no permite ser tratado con torpeza, impudor y falta de inteligencia, no por indecencia, sino simplemente por la gravedad del tema, que exige del lector los mismos atributos que requiere del autor.

La metamorfosis de Beatriz en Beacul, no por una orden, sino por solicitud espontánea de su amante, recuerda en más de un aspecto —y esto no debe escandalizar a nadie— las iniciaciones religiosas. Porque hay alegría (y jamás envilecimiento) en el sacrificio de la protagonista, el relato de su aventura se convierte en uno de los más bellos de la literatura amorosa.



S. G. Clo’zen

Beacul

La sonrisa vertical - 33

ePub r1.1
Titivillus 01.07.17

Título original: *Beacul*
S. G. Clo’zen, 1971
Traducción: Susana Constante

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



1

Hago como de costumbre: después de asegurarme de que el callejón está desierto, camino deprisa, pegada a los muros. Corto por el pasaje abovedado y me encuentro una vez más en la avenida, por la que asciendo hasta encontrar mi coche. Es en ese momento cuando una dama, que me parece más o menos de mi edad, me aborda sin vacilar:

—La señora Darty, ¿no?

—Sí, Beatriz Darty.

—Señora, me alegro de no haberme equivocado. Es indispensable que me conceda unos minutos.

No disimulo mi sorpresa y mi inquietud.

—Sobre todo, no se preocupe. No es más que una fantasía mía. Sin duda, no verá inconveniente en que nos sentemos en la plaza.

La autoridad de esta mujer es tal que la sigo sin discusión.

En estos últimos minutos de la tarde, el lugar está casi desierto. Nos sentamos en un banco y, de inmediato, se enlabia la conversación.

—Si no me equivoco, el señor Darty está actualmente en Brasil.

—Sí, en misión diplomática oficiosa.

—¿Y regresará…?

—Dentro de cinco meses, en diciembre.

—En ese caso, ¿no cree usted, querida señora,

que a su regreso le molestará enterarse de que su esposa es amante de un modesto pintor?

El golpe no estaba previsto, pero me mantengo firme y finjo estar relajada.

—¡Qué imagina usted! Ese joven, que por otra parte es amigo de mi marido, ha mostrado su deseo de pintar mi retrato, nada más.

—Perdone que la contradiga. Ese señor es su amante; usted se reúne con él tres veces por semana y no le niega nada, ni siquiera servirle de modelo y además… desnuda.

—Y aunque posara para él, ¿qué?

La respuesta es estúpida, lo comprendo en seguida, pero me siento atrapada y me irrito.

—No le reprocho que pertenezca a ese muchacho encantador, todo lo contrario, pero no admito que finja que no es así. ¿Acaso el jueves pasado no se extravió usted en un pinar en su compañía, como atestigua esta fotografía tomada por un investigador discreto?

—¿Cuánto quiere? —le digo.

—No caigamos en la vulgaridad, querida señora. Soy la condesa Batilde de Clermont, con su permiso, y además soy rica. ¿Qué haría con su dinero? No, se trata de otra cosa, de ciertas pasiones autoritarias que hacen que adore someter a las criaturas rebeldes. Muchas mujeres desean humillarse. Por ejemplo, mi doncella aceptaría que la desollase viva, pero eso no me interesa. En cambio, disponer de una insurrecta en el secreto de mi casa, castigar allí sus pecados, me complace infinitamente. ¿Nunca ha sido azotada?

No contesto. Me pongo de pie y una mano me aprieta el puño. Los anillos me hacen daño.

—Siéntese inmediatamente, o me veré obligada a abofetearla en público.

Obedezco. Hablo:

—Confesaré mi falta a mi marido; él me

perdonará.

—Por supuesto que la perdonará. Perdonan siempre cuando tienen veinte años más; pero, para un diplomático conocido, sería molesto que se divulgara la aventura de su mujer. No se trata de su falta, sino de su elección. Un ministro, un financiero, le asegurarían la impunidad, pero un artista sin prestigio… Sería el divorcio, querida mía.

—¡Y bien, será el divorcio!

—¿Y se casaría usted con un pobretón? Es usted absurda. Aquí está mi dirección. La espero mañana a las catorce horas, en punto. Lucette la introducirá. Ah, olvidaba decirle que tengo importantes relaciones en el ministerio de Asuntos Exteriores. No pierda mi tarjeta; más bien guárdela en su bolso. Hasta muy pronto.

¿Cómo me las arreglé para volver sin tropiezos? No me lo explico. No recobré la conciencia hasta llegar a casa. Me veía libre de esa presencia odiosa, y la cólera me fortalecía. Cosa extraña, me daba hambre. Filomena me sirvió la comida, atenta y maternal como siempre:

—La señora tiene buena cara; el baño la ha refrescado.

Devoro, transportada. Mis mandíbulas se mueven como para triturar a mi enemiga.

Un café estupendo, un cigarrillo, mi sillón favorito. Recupero el equilibrio y, con él, es preciso admitirlo, mi inquietud y mi desconcierto. No cederé a la extorsión, pero ¿cómo suprimir la amenaza, cómo borrarla de mi memoria junto con esa palabra «azotada»?

Por supuesto, aunque me repugnara, no la había excluido de mi conocimiento ni de mi vocabulario, pero jamás la había referido a mí. Cuando era niña, había escuchado decir que, en una familia conocida nuestra, se repartían palizas

liberalmente, pero esta información no me había producido ni emoción ni curiosidad. Más tarde, había frecuentado la alta sociedad no sin sorprender ciertas alusiones equívocas, no sin adivinar ciertos gustos, ciertas manías, pero lo que llamaría «mi inocencia» me había preservado de saber más.

Ahora comprendo que mi adversaria es una obsesa, cuyo vicio, bajo capa de autoridad y fortaleza, podría muy bien no ser sino debilidad. Si me denuncia, tendrá que renunciar a su propia satisfacción. Lo que le interesa no es mi deshonor, sino mi abdicación; debo resistir. Por otra parte, llevar a cabo su amenaza sería comprometerse para siempre. En nuestro mundo, desdichada aquella por cuya causa se produce el escándalo. El razonamiento es sólido, ¿pero acaso me siento realmente tranquila? Esta mujer es capaz de actuar en el anonimato. ¿Quién le prohíbe actuar mediante intermediarios? En ese caso, tendría que desenmascararla, pero ¿qué pruebas podría aportar yo?, y, además, ¿confesaría yo que la fotografía en la que estoy desnuda en brazos de mi amante se ha publicado porque me he negado a permitir que me azoten? No haría sino cubrir de ridículo mi indignidad. Por otra parte, mi enemiga dispone de tiempo. Esperará mientras me hostiga. ¿A qué extremos la conducirá la pasión? Me ha amenazado con una bofetada; ¿quién me asegura que hubiera vacilado?

«Batilde de Clermont». Es una aristócrata, una gran dama para algunos. Afirma que está bien relacionada, pero mi marido también. Volveré a verla, pero, esta vez, lúcida mente; trataré de herirla en su orgullo, en sus intereses y, si es necesario, le declararé la guerra. Una fotografía no es un testimonio decisivo. Hay parecidos increíbles y, por otra parte, no se ve más que mi perfil

difuminado. Resistiré.

¿Por qué habré venido al trastero? ¿Por qué habré apartado tantas cosas para llegar al armario de mi tío Porfirio? El tío Porfirio sorprendía a mi familia, y la hubiera escandalizado de no haber pertenecido a ella. Había permanecido soltero y conciliaba su trabajo con la diversión. Cuestionaban su conducta, envidiaban su independencia; me gustaba y me deslumbraba. Dos años después de mi matrimonio, me dejó al morir la villa en la que vivimos, algunos muebles de estilo y el armario rústico que abro ahora por primera vez. «Tu tío era un libertino». Así fue cómo, mi marido, sin dar más detalles, me puso al corriente del contenido del armario. Si debo arriesgarme a convertirme en víctima del libertinaje, tal vez aprenda a defenderme consultando archivos escandalosos. Mi esposo es ordenado; no he tenido que buscar la llave mucho tiempo: llevaba una etiqueta con las palabras «Biblioteca especial». Al comienzo, me parece haber perdido el tiempo. Ante mí, encerrados con doble vuelta, hay tres enormes cajones y, en cada uno de ellos, la indicación: «Infierno. Llave desaparecida». La minucia de mi marido me irrita, no sé por qué. El único estante contiene obras de Charcot, de Freud. ¿Será Freud? Abro un volumen; después otro, cubierto con un tejido de rafia. En la solapa, oculto bajo el forro, hay un sobre azul que reza: «Quince láminas de Sonia Verdi para las *Desventuras de Virginia*». La primera es significativa: este sobre ha burlado la vigilancia de los censores. Vuelvo a cerrar el armario y me llevo el documento.

Me he acostado. Por lo general, es en este momento cuando, echada, en ropa interior, con los pechos turgentes, los ojos cerrados y la mano en el sexo, dedico una caricia eficaz al recuerdo de mi

amante. Esta tarde no se trata de abandono, sino de ansiedad. Acostada sobre el vientre, con los codos en la almohada, descubro una por una las imágenes que contenía el sobre azul. No son imágenes vulgares. En un decorado único, reducido a lo estrictamente necesario, la tutora ejecuta en su pupila progresivas sevicias. Ambos personajes están tratados con economía y están perfectamente definidos dentro de los límites de sus respectivas funciones. El color realza la austeridad de una, la confusión y los tormentos de la otra: la intensidad dramática viene dada por procedimientos de ampliación, como el énfasis puesto en el arco de la grupa en contraste con la delgadez del talle, en la proyección de los senos. Un pie aclara el significado de cada lámina: «Virginia, sería importante que la azotara»; «Virginia, convendría ahora que se quitara las bragas; no habrá pensado, Virginia, que, tras la disciplina, no le hubiera impuesto el látigo». El tono es impúdico, no provoca sino repulsión, pero sin duda una lengua perversa lo saborearía como golosina. ¡Y pensar, tío Porfirio, que hubiera podido ocurrir que me ofreciera usted el cebo de estos placeres: las familias disimulan a veces extrañas bajezas! En fin, le debo el sentirme advertida, informada y decidida.

2

Me he esmerado al vestirme, pero procurando permanecer discreta. No llevo sombrero, he renunciado a los tacones aguja que hacen un poco «zorra».

«La madriguera» queda en el Camino de los Almendros. La villa se esconde, solitaria, sobre la colina, entre olivos y eucaliptos. Por resuelta que esté, mi mano tiembla al agarrar la aldaba.

Lucette tiene —pronto lo sabré— veintidós años. Lleva un vestido negro, acortado, un delantal blanco con peto y sandalias muy encaramadas. Me hace pasar al vestíbulo, cierra la puerta con llave:

—¿Es usted la Señora que viene para el castigo? —pregunta.

No respondí, pero, si la puerta no se hubiera cerrado, habría huido sin duda. Lucette apartó un tapiz a su izquierda y me anunció.

—Señora, es la persona que viene para que la azoten.

Esto me irrita, pero la grosería misma de sus palabras parece una fanfarronada bastante primitiva.

Batilde —así es cómo la llamare en adelante— me espera sonriente, de pie, vestida con una blusa amarilla, un short verde y zapatillas del mismo color. Me señala un sillón.

—No me niego a sentarme —le digo—, pero,

antes, ¿aceptaría concederme unos minutos a solas?

—¿Por qué no?

Con un gesto, despide a Lucette; me lleva al vano de la ventana.

—Te escucho.

Hablo mucho, porque llevo preparado mi alegato; no me deja terminar:

—Eres inteligente, pero lo serías mucho más si te rindieras a la evidencia en lugar de negarla. Lo que pretendo hacer es muy inocente, y así le parecería a quien supiera de qué se trata o fuera testigo de ello, indudablemente mucho más anodino que lo que voy a leerte. Y, si no, escucha:

«¡Todo es ahora tan simple, amor mío! Es sin turbación alguna cómo me desnudo y adopto la pose, sobre todo porque sé que romperás esta inmovilidad para acariciarme».

—¿Cómo ha conseguido hacerse con esta carta? La ha robado; jamás ha llegado a destino.

—Me sorprendes, porque el rumor público dirá que tu amante la ha perdido.

—¡Usted no es más que una puta!

Las bofetadas llegan a mí despiadadas antes de que haya podido precaverme; levanto la mano para responder, pero la siento asida, triturada, retorcida a la vez que mi brazo; me desplomo en el sillón; sollozo con la cabeza caída sobre el pecho, infinitamente desdichada, me parece.

Ha entrado Lucette. Batilde se acerca.

—Abandona inmediatamente esta comedia y discúlpate.

Muevo la cabeza, negándome. Entonces, mis atormentadoras me sujetan cada una por una mano, me ponen los brazos en cruz y me mantienen en esa posición. En ese instante, un objeto flexible golpea mis muslos, a pocos centímetros y por encima de las rodillas; aúllo;

jamás había padecido escozor tan delicado, mordedura tan considerable. Procuro en vano calmarme; me enseñan el objeto: un tubo de goma de una pulgada de grueso:

—Discúlpate, si no…

—No, basta, perdóneme.

—… perdonada, pero ya no toleraré la menor lágrima. Te comportas como una criatura demasiado nerviosa; ¡bebe, bebe!

Bebo el oporto que Lucette me ofrece en una bandeja. Me secan el rostro, me recomponen el maquillaje, me tratan con todo miramiento, me dicen que me tranquilice, que tenemos todo el tiempo del mundo.

Mi reacción es desconcertante; se manifiesta a pesar mío: me abandono, llego a confesarme que me he cubierto de ridículo; había que triunfar o ponderar mi desdén por la desenvoltura de esas dos hermosas mujeres a quienes detesto, pero a quienes resistiré cada vez menos. Mi orgullo, sin embargo, no sucumbirá sin dignidad.

—Hagan su trabajo y diviértanse.

Por un instante, imagino, en mi inocencia haberlas desconcertado, pero permanecen impasibles:

—Estás muy bien vestida; mayor será el placer de desnudarte. Lucette, quítale los zapatos y las medias a la Señora.

Lucette se arrodilla, me descalza, levanta mi vestido por encima de los muslos, con el fin de descubrir las ligas; mi carne desnuda lleva, en purpura, la marca de una férula de la goma; tengo la boca seca; me estremezco. Unas manos me quitan las medias y después las enrollan despacio, una tras la otra. Cada vez que me rozan, reacciono. Ya estoy descalza; querría ponerme las manos sobre los muslos, pero me ordenan dejarlas caer a cada lado del sillón.

—¿Te han azotado cuando eras pequeña?

—¡Jamás!

—¿Ni tan siquiera cuando eras pequeña?

—¡Jamás!

—¡Qué interesante! Será una experiencia extremadamente perturbadora recibir el primer azote a los treinta años. Un día me lo agradecerás. Tus pies son finos y cuidados. A veces las burguesas no se cuidan. La próxima vez vendrás sin medias y con sandalias.

Me sobresalto:

—¿Cómo, la próxima vez?

—Sí, pasado mañana, a la misma hora.

—No me atormente así, se lo suplico. Seré dócil, pero no me obligue a regresar.

—Hace un mes que practicas el adulterio. Te recibiré durante un mes, cada dos días, y después serás libre, te doy mi palabra. De modo que, la próxima vez, ven descalza y con sandalias.

—¡Tenga piedad!

—No es piedad lo que debes solicitar, sino severidad.

No insisto. Prescindiré de su piedad, porque no volveré a ponerme en la boca del lobo. Si he suplicado, ha sido por disimular. Que actúen rápido y ya no quedarán sino mi vergüenza y mi resolución.

Lucette ha colocado un taburete de madera blanca junto a mi sillón. Me ordenan ponerme de pie; me quitan el cinturón; siento deslizarse por mi espalda la cremallera; me sacan el vestido por abajo. Se advierte que mi braga es demasiado sucinta y excesivamente transparente, que, así, el acto de sacármela se vuelve demasiado simple y que habrá que cambiar todo eso. Me desnudan el pecho, algo abundante, pero de forma y aspecto «impecables», por lo cual me felicitan.

—Ahora, nos darás tu espalda, te inclinaras

para exhibir tu grupa y destaparás lentamente el lugar del castigo.

Al parecer, he ido demasiado rápido. Me invitan a volver a empezar la operación del despelote. Lo hago sin contestar, confusa.

A partir de aquí, me es imposible contarlo todo con detalle. No narraré más que lo esencial de mis humillaciones.

Heme aquí desnuda sobre el taburete de madera blanca. Me han atado las manos; las tengo en la espalda, fuertemente sujetas, con las palmas hacia fuera. Comprendo que, de este modo, me será imposible bajarlas para proteger mis muslos.

—Arriba el pecho, levanta la cabeza.

Es la orden que he recibido. Se me advierte que la espera no será larga, que ha llegado el momento de la prueba, y me explican en qué consistirá esta prueba.

—Serás azotada como una niña, luego marcada en las nalgas y muslos con seis golpes de gato de doce colas, y mañana tu amante comprobará que has sido azotada.

Esta vez me rebelo.

—¡Ah, no! Jamás, usted delira. No iré.

—Claro que sí, querida señora, e irás corriendo porque, de lo contrario, seré yo quien le explique a ese señor las razones de tu ausencia.

—¡La odio!

—Te adoro, eres irresistible.

Batilde se ha quitado la blusa y arrojado a un rincón sus sandalias. No conserva más que el short y el sostén. Se quita los anillos, mueve suavemente los dedos delgados y duros como juncos. Se sienta en una silla y me conducen ante ella, me disponen de la mejor manera; mi carne conoce el contacto de sus muslos y de su vientre. Me dicen que abra las piernas, que las abra mucho y que no vuelva a juntarlas. Entonces, Lucette recibe la orden de

vigilar que lo cumpla y de contar hasta mil. La enormidad de la cifra debería conmoverme, pero no caigo en la cuenta. Un único pensamiento me ocupa y me consuela: «No me atraparán dos veces. Si es necesario, Gilbert vendrá a romperles la cara».

Lucette empieza a contar…

Eran ya más de las cinco cuando me devolvieron la libertad. Al acompañarme hacia la salida, me entregaron un sobre cerrado que contenía la dirección a la que me aconsejaban que acudiera al día siguiente, por la mañana temprano. Lo cogí y lo metí en el bolso, pensando en tirarlo antes de atravesar el umbral de mi casa. Me desplomé en el coche y en seguida apreté los labios para no escuchar mi vergüenza, a tal punto el contacto del tapizado de cuero reavivaba en mí el recuerdo del interminable castigo y de las seis aplicaciones del gato, recibidas en las rodillas, con la cabeza apretada entre las pantorrillas de Lucette.

Me dejé caer en la cama y sollocé:

—¿La Señora ha recibido malas noticias? —gritó Filomena al otro lado de la puerta.

—No, no, no te inquietes, ya te explicaré.

Lo había olvidado todo, hasta la carta de mi marido. Como de costumbre, todo en ella es claro y paternal. «Has participado en la venta, a beneficio de las viudas de guerra Me halaga que te hayan destinado a la gerencia del mostrador de la porcelana pintada. Jamás dudé de que sabrías mantener las relaciones de nuestro rango, pero, repito ¿cómo no estar infinitamente satisfecho con la manera en que lo haces?».

Esta lectura me horripila. La intención, el tono, todo me parece artificial y pasado de moda. Sin duda es la fatiga y la emoción. Estoy sentada en la cama, con las piernas cruzadas y, de pronto, tomo

conciencia de mi desnudez. No me autorizaron a volver a ponerme las bragas y las medias. Me las han requisado. Vuelven a caer las lágrimas.

«¡Azotada! ¡Beatriz Darty ha sido azotada! No, es imposible. El riesgo ya no es el de no ir a la “madriguera”, el de desobedecer: el riesgo sería el de volver allí». «¡La experiencia, querida, la experiencia!», diría mi esposo. Sin duda, la prueba habrá bastado. Ya no tengo nada que temer. Jamás he tenido nada que temer sino a mí misma; de modo que todo en orden.

La bañera me recibe, languidezco en el agua caliente, y, de pronto, el bienestar, el hambre, primero el deseo y después la decisión de cenar fuera, en un restaurante. Es la reacción. Filomena conoce mis proyectos, para los que doy como excusa los nervios.

—Por supuesto. Señora, comprendo; es la soledad. No vale, se lo diré al Señor, es una crueldad.

¡Pobre Filomena! Me alcanza la bata.

—Gracias, Filomena, hasta luego.

Estuve a punto de exhibirme desnuda, con la grupa marcada como una cebra por largas rayas violáceas. «Rayada como una bestia, como una cebra, llevo franjas púrpuras sobre fondo rojo. ¡Qué vergüenza, de pronto, frente al espejo! ¡Qué sensación de ridículo! ¡Qué visión, renovada ahora, de esos muslos, de esas caderas de esclava! Prolonguémosla, completémosla con el tacto; habría que absorberla, gustarla, para que todos los sentidos conocieran el horror».

Ese restaurante solemne, esos uniformes galoneados, esas alfombras sobre las cuales toda circulación se hace inmaterial, esa estudiada liturgia, esa sala, esa capilla barroca cuyos espejos están bordados de hojas de oro, esos estucos, esas blancuras restallantes, osos cristales, esta pesada

planta… todo me intimidaba cuando acompañaba a mi marido. Estrictamente vestida, con pocas joyas, calzada con discreción, me conducía como una niña tímida. Esa noche, descotada, cubierta de diamantes, calzada con sandalias plateadas, me descubro cómoda, incluso desenvuelta, llamativa, sin pudor alguno, distraída en la justa medida, pero sonriente, relajada. ¿No será debido a una libertad nueva, a una liberación de insurgente? Incluso este peso en la grupa, ese picor en la entrepierna, reavivada a cada paso, significaba mi alegría, la recompensa de una hipotética llamada telefónica a Batilde:

—No tendrá la satisfacción de volver a verme. En cuanto a lo que piense hacer, me desentiendo absolutamente.

Y, sin embargo, mi curiosidad sigue viva ante la realidad de la carta que me ha confiado Batilde. Ahí está su misterio, cristalizando esos ensueños desvergonzados. Dudo siempre menos de mi visita a la dirección indicada.

3

Con toda la insolencia del mundo, prolongué mi permanencia en la cama sin inquietarme por la visita a cierta dama en la Rué de la Muscade. Por el contrario, pensándolo bien, iré a ver a Gilbert; él será mi aliado; además, habiéndome negado toda caricia solitaria, ardo por refugiarme en sus brazos, por revelarle sufrimientos contra los que se rebelará.

Quiso desvestirme de inmediato, pero le rogué que tuviera paciencia. Sentada en sus rodillas, con la cabeza apoyada en el hueco de sus hombros, hablé. No me interrumpió sino cuando confesé haber cedido al chantaje:

—¡Conque fuiste!

—¿Y qué querías que hiciera, llamarte por teléfono? La idea se me ocurrió, pero créeme, no hubiera cambiado nada.

—¿Lo crees así, pobre amor mío?

—Estoy convencida.

—¿Así que se atrevió?

—¡Sí!

—¿Pero sin mucha saña, supongo?

—¡Bastante!

—Pero ¿no te habrán marcado?

—Desnúdame, querido, y verás.

Cuando vio, cuando tocó:

—¿Cómo pudiste consentirlo? —dijo.

—¡Tenía tanto miedo de perderte!

Me condujo hasta el sofá. Nunca me había parecido tan fuerte y jamás me había entregado en medio de tales gritos: ¿acaso el espasmo se da en la medida del sacrificio?

Después del abrazo, se puso boca abajo y acarició mi grupa:

—Cuéntamelo todo.

Entonces, para que compartiera por entero mi desdicha, no le oculté nada. Cuando llegué al momento en que me tendía sobre las rodillas de mi torturadora, me abrió y penetró mi vulva por detrás.

—Quiero hacerte olvidar todo mientras me lo cuentas.

Y repetía los detalles y se conmovía:

—¡Cuan rojas tendrías las nalgas, cuánto arderían!

—Pero más me ardían los muslos, amor, porque afirmaba ella que el látigo era más eficaz allí que en el culo, y azotaba de preferencia mi entrepierna, hasta el propio sexo.

—¡Oh, querida!

—¡Oh, querido!

Cuando le conté que grité bajo las mordeduras del gato se agitó aún más:

—Calculaba el golpe, sabes, levantaba muy alto los brazos, las correas silbaban y cada una era como un hierro al rojo, sí, un hierro al rojo, un látigo de hierro.

Más tarde, demasiado exhausta como para recibirlo por tercera vez, reanimaba su sexo halagándolo con la mano cuando, por primera vez, me sentí tentada de tomar su sexo en mi boca; pero el pudor me había hecho tantas veces sorda y ciega a las sugerencias de mi amante que no quise complicar las cosa. Me contenté con interrumpirlo varias veces:

—Si vuelve a atormentarme, la matarás ¿no es

cierto?

—La mataré pero condenarse a la cárcel para evitar ser azotado, me parece un precio demasiado alto.

—Entonces, según tú, debo someterme. Pero no cuentes con eso. ¡La mataré yo misma!

—Cierto, para evitar el escándalo, nada más admirable. No, yo te acompañaré, eso es todo.

—Confiesa que ardes en deseos de conocerla.

—Te vuelves estúpida.

—Tal vez pero sobre todo dulce y también lenta, ¿no? Así, con toda la mano y hasta el fondo, y ahora me detengo.

—¡Me torturas!

—Cada uno su turno, querido. Además, si mi suplicio hubiera sido el que tú soportas, pediría más, regresaría.

—¿Y si regresaras por mí?

—¿Qué dices?

—«Tenía miedo de perderte»; esas fueron tus palabras. Entonces, si quieres conservarme…

—Te conservaré a pesar de ella; me siento muy fuerte.

—¿Feliz?

—Infinitamente.

—¿Más que de costumbre?

—Sin comparación posible.

—¿Por qué?

No contesté en seguida. En mí, todo se precipitaba, todo tendía hacia la plenitud, hacia la revelación. Miraba a Gilbert con la mano crispada sobre su virilidad.

—¿Te gustaría que volvieran a castigarme?

—Sí, me gustaría mucho.

—¿Y que yo te lo describa todo?

—Todo.

—Y que, ¿una vez terminado el mes de penitencia, te entregue a ti el látigo?

—¡Claro!

—¿Eres feliz?

—¿Acaso no lo notas?

Abandoné la lucha, incliné la cabeza, mi boca se abrió, se conformó dócilmente a su mordaza, ávida y pronto satisfecha.

A instancias de Gilbert, termino por ir, después del mediodía, a la dirección mencionada en el sobre. Es en el número 27 de la Rué de la Muscade donde Madame Oliva tiene una tienda de artículos «especiales». La patrona, que ronda ya la cincuentena, regordeta y baja, me introduce en un salón de pruebas. Le tiendo la carta de Batilde, y ella la lee.

—¿No tenía que presentarse esta mañana, preciosa mía?

—Sí, señora.

—Haremos lo imposible, pero este retraso es lamentable. No terminaremos a tiempo. Bueno, la señora de Clermont decidirá cuál será la sanción.

Me sonrojo de rabia.

—¿Tendrá usted miedo, bonita?

Permanezco muda. Súbitamente, el pánico se apodera de mí. Este misterio, esta benevolencia felina, esta organización que adivino; todo me inquieta, me aterroriza. ¿A qué servidumbre voy a abandonarme? ¿Hacia qué catástrofe me dirijo? Se me observa, se me sonríe, se me intima sentarme.

—Tranquilícese, bonita. Al principio siempre es así, y después, muy pronto, todo se olvida. Una se acostumbra y disfruta en casa de mamá Oliva. Se pone alegre como un colibrí y desearía que eso durara toda la vida.

—Gracias, señora, es usted muy buena.

—Pero por supuesto que soy buena, y madame de Clermont lo es todavía más. Ser buena es dar placer, un placer algo particular, sin duda, un placer de gran dama, que es preciso pagar, pero es

precisamente el precio el que hace la felicidad, ¿no es cierto?

—Es posible, en efecto, no lo sé, me siento perdida.

—Es usted encantadora. Tenga, beba, es un sol. Muy pronto se reirá de sus temores.

¡Extraño brebaje! Respondo en seguida a la sonrisa que me interroga, sonriendo yo también, descansada y, pronto lo comprenderé, sexualmente excitada.

—Aquí sucede como en el médico, querida. Muéstrenos ese hermoso cuerpo.

Y heme desnuda, liberada de la vergüenza, una vez más revelada a mí misma, halagada por las caricias y las palabras.

—La han azotado un poco, lo suficiente como para conservar un dulce recuerdo, ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—Gerda va a ocuparse de usted inmediatamente.

Gerda es turbadora, una robusta potranca germánica de músculos finos y carne firme. Un antifaz de ante negro oculta su rostro. Bajo la melena lacia y ahuecada, los ojos verdes son vivos y sumisos. Con los brazos y las piernas desnudos yergue, en actitud militar, el busto ceñido por una faja de goma negra que sujeta el cuello pero descubre dos senos generosos y erguidos. Una falda negra, de tosca tela, cubre el sexo y los muslos hasta arriba de las rodillas.

—Estoy a las órdenes de la Señora para tomar medidas.

La voz hace rodar las erres; su calor seduce. Me abandono al sortilegio. Lo mide todo, de la cabeza a los pies. Todo es estimado con atrevimiento, comentado en un lenguaje directo.

—Que la Señora me perdone por tocarle el sexo, pero las prendas deben estar ajustadas y

además la Señora está tan caliente.

Hubiera querido que la prueba se prolongara. Sin embargo, llegó a su término y, en ese instante, Gerda, arrodillada, me ofrece una fusta cuyo uso me propone.

—Que la Señora no vacile en castigar mis torpezas; la Directora está de acuerdo en que las clientas se muestren severas. Si la Señora prefiere azotarme con varas, se hará según su deseo.

Por efecto del licor y las caricias, domino mi sorpresa, pero un resto de timidez, más fuerte que el vivo deseo de aceptar la invitación, me retiene.

—No tengo nada que reprocharle. Es usted muy hábil, sería injusto que la castigara.

—Agradezco a la Señora.

Percibo su pena y su reproche por mi falta de atrevimiento. Yo misma me la reprocho unos minutos más tarde. Madame Oliva me encuentra otra vez vestida y manifiesta su sorpresa de que todo haya ido tan rápido.

—¿Sin duda la Señora habrá dado pruebas de indulgencia?

—Sí, la Señora no me ha azotado.

—¿Y sin embargo lo merecías?

—Lo merecía.

—Pues bien, le rogarás a Madame Augusta que te dé treinta azotes. Ahora puedes retirarte, gatita.

4

Heme aquí de regreso en el Camino de los Almendros, lugar al que había jurado no volver. Ya no se trata de cumplir el juramento, sino de afrontar el castigo que, gracias a mis hábitos católicos, he transformado ya en mortificación piadosa, gozosa, incluso a pesar de mis aprensiones. Avanzar así, con sandalias monásticas, desnuda bajo mi falda escocesa y mi jersey granate, vestida según las instrucciones, me hace temblar.

Lucette no está sola. Una mujer en la cuarentena, pesada, corpulenta, bigotuda, dormita en un sillón de caña, con las piernas estiradas fuera de la bata blanca. Ha cruzado las manos gruesas y largas encima del bajo vientre. Me lo advierten en seguida.

—Es Madame Augusta.

Saludo cortésmente a la colaboradora de Madame Oliva. No me responde más que con una inclinación de cabeza, pero bajo las cejas se ha filtrado una mirada intensa. Yo contaba con ser presentada sin formalidades, pero se me impone la obligación de confesar el motivo de mi presencia allí. Si me siento ruborizada no es porque experimente un placer monstruoso en humillarme delante de esta matrona:

—¡Vengo a expiar mi retraso en casa de

Madame Oliva!, —y mis senos se endurecen.

No es hacia el interior de la casa, sino hacia afuera, al jardín, adonde me conduce Lucette, hacia el sendero de encinas, a dos metros de la puerta:

—Desnúdese por completo.

No puedo creerlo.

—¿Es necesario realmente que…?

—Sí, es necesario, y ahora. Además, no estamos a la vista, el jardín está cerrado por todas partes, no vendrá nadie de improviso. ¡Obedezca!

Obedezco; coloco uno por uno los objetos sobre la arena. Un rocío frío invade mis axilas, mi vello, mientras que el resto de la piel se eriza bajo el efecto de una «piel de gallina» de engañosa inquietud.

—¡Arrodíllese! Bien, cruce las manos a la espalda.

Una cuerda me aprisiona de inmediato los puños con un triple lazo.

—Junte las rodillas, mantenga derecho el busto, levante la cabeza y no se mueva.

Rápidamente me deshacen el peinado y enroscan mi cabello en lo alto de la cabeza formando un moño ridículo; mi nuca ofrecida termina de desnudarme. Se llevan mis vestidos, me dejan sola frente a una valla. Con la lengua, humedezco mis labios secos, controlo progresivamente mi aliento: «Santa Inés y santa Blandina fueron entregadas desnudas para ser flageladas». ¡Oh, angustioso y delicioso martirio! Las cigarras chirrían, la brisa es cálida, la grava hiere mis rodillas, el brazalete se revela incisivo; cautiva y ya no rebelde, me abandono al justo castigo. Si no fuera por la amenaza que se abre a mis espaldas de esa presencia «prevista», me sentiría al abrigo en la arena de mi suplicio.

Percibí su paso desde lejos, aunque venía

descalza. No he vuelto la cabeza. Batilde ha pasado casi desnuda, soberbia, perfumada, todavía húmeda, con el cabello caído en la espalda y el casco en la mano. Sólo se enfrenta a mí al llegar a la puerta:

—Hasta pronto, pero, de aquí en adelante, sumisión perfecta; si no, te amaré menos.

Y me deja sumida en el éxtasis como en la más irremediable de las trampas.

El reloj del vestíbulo me revela que ha durado apenas veinte minutos.

Lucette me confía la sentencia.

—La Señora la pone en manos de Madame Augusta.

Ha tenido a bien agregar que no quedaría decepcionada, porque me enfrentaba con la más excepcional de las flageladoras. «Sumisión perfecta», había dicho Batilde, de modo que no contesté nada.

Madame Augusta me espera en una salita embaldosada, sentada en una silla. Al alcance de su mano derecha, sobre un taburete, está el látigo, cuyas correas cilíndricas, cogidas de un corto mango, superan en longitud la altura del mueble. Lucette me suelta las manos, pero debo conservarlas cruzadas a la espalda, tensas.

Antes de retirarse, la criada me advierte que, como castigo a mi desobediencia, recibiré la pena «completa», es decir dos mil bofetadas y veinte azotes, a razón de dieciséis por detrás y cuatro por delante. Además, acariciaré a Madame Augusta de diversas maneras, según ella misma lo indique. Esta última información me arranca un «oh» de estupor, un último grito de rebelión, pero la mirada que intercambian entonces las dos mujeres provoca de inmediato un «perdón». Mejor así, concluye Lucette, retirándose.

Madame Augusta y yo nos quedamos solas. Es

viuda de un pope de la Rusia zarista. Tiene cerca de cincuenta años. Podría parecer más joven si su rostro y su actitud no lucieran tan austeros. Los cabellos trenzados en la nuca, formando un pesado moño, descubren la frente que, más que alta, es grande y abombada. Los pómulos salientes y la nariz respingona indicarían un origen tártaro si no fuera por la extremada delgadez de los labios y el mentón cuadrado. Los ojos son grises y tristes; ligeramente miopes, me parece.

Madame Augusta ciñe su busto abundante con un blusón de ante negro. Lleva una falda negra, medias negras, zapatos negros con tacones. Sus manos largas y nerviosas llevan guantes de cabritilla negros. En el pecho cuelga la cadena del pope, de plata maciza. No repugna; inquieta. Enfrentada a la acción, sus ojos no dejan translucir nada sino la concentración en los gestos que ejecuta con el brazo derecho, después con el brazo izquierdo, extendiéndolos y flexionándolos. La mano, gruesa, pero tan larga que hasta asume elegancia, se adelanta para tocarme, después se aleja, se eleva como una mano justiciera, el músculo se hincha. Esta gimnasia se repite una decena de veces; los dos últimos contactos son lentos, y la dama habla. Lo que más me sorprende es la voz cálida, musical, hasta cordial, pero monocorde y dogmática, sin matices. Madame Augusta no habla, recita:

—El azote —dice.

Después, con el brazo doblado:

—La fuerza del azote —repite.

En ese momento, con la mirada suavizada, ligeramente socarrona, parece descubrirme.

—¿Miedo? —pregunta.

—Sí.

—No durará. Madame Augusta nunca da miedo por mucho tiempo. Da simplemente su dirección y

un día alguien llama a la puerta y le confiesa desear un buen castigo. El número 13 de la Rué de la Faisanderie. Estoy segura de que se acordará.

De inmediato señala sus rodillas con el índice.

La reputación de Madame Augusta no es exagerada; supera la que merece Batilde. Me acomoda sobre su muslo derecho, haciéndome girar, muy abierta de piernas, siempre expuesta lo mejor posible para el efecto buscado. A pesar de lo que soporto, aprecio su maestría y me entrego a ella, debo confesarlo, con complacencia, sin retrotraerme, todo lo contrario, incluso cuando la bofetada alcanza los labios de mi sexo, ese lugar más tierno de la entrepierna, o incluso cuando, pegada al flanco de mi castigadora, me ofrezco en posición casi perpendicular y el látigo golpea mi vulva. En la punta de los pies, los riñones ahuecados, mantengo esta posición que inconscientemente he buscado y encontrado con la complicidad del pivote, y que adopto definitivamente pues es la que mejor facilita el maltrato de ambos lados de mi cuerpo.

Me siento conquistada, excitada al punto de mantener el sexo conmovido pese al sufrimiento, y a causa de él. Madame Augusta ha contado lentamente hasta quinientos; después, sin tardanza, tras liberar su pecho, me instala a horcajadas en su regazo, deseosa sin duda de aprovechar el calor que ha provocado, y me invita a «mamarla». Una vez más, mi entrega es completa; actuando con manos y boca, consigo que debajo de mí se estremezca y se agite el cojín de carne que me sostiene. Un cuarto de hora así, y yo también me inundo abundantemente. Me desmontan y me gratifican con una segunda serie, con una tercera y una cuarta, sobre una grupa cada vez más ávida de la gratificación casi deportiva de lo que sería insuficiente llamar

azotaina, sino más bien flagelación, es decir ejecución de la disciplina sacramental por parte de esa sacerdotisa excepcional, cuyos orificios me corresponde gratificar en los intervalos previstos para ello. Me precipito hacia caricias que algunos llamarían innobles, pero con las que me embriago como con un ejercicio místico, incluso y sobre todo cuando, por entre los muslos separados, mi lengua alcanza y penetra la flor violácea del ano, animada por los cumplidos que me conceden con sentido de justicia. Habíamos llegado al más alto grado de recíproca ternura cuando Madame Augusta me indicó las sucesivas posiciones más cómodas para la aplicación del látigo, las distintas maneras de apoyarse en el suelo, con la punta de los pies y la palma de las manos primero, y después con los talones y la misma palma de las manos, de tal manera que, por delante y por detrás, ofreciéndome en arco de círculo, sea azotada con la perfección de los azotes exquisitos, en lo más espeso del culo y de los muslos, sin que las puntas agudas del cuero alcancen los lugares sin espesor de mis flancos.

Me golpean por segunda vez, sin que la flageladora empeñe en ello toda su fuerza, sino sólo la energía suficiente para que mis gritos, si los lanzara, estuvieran justificados. Pero no grito, porque, en el delirio que se apodera de mí, me descubro más entusiasta por sufrir que inquieta por las mordeduras que me infligen.

Una vez «terminada» la ceremonia, no me dejan descansar ni un momento. Vuelven a conducirme, desnuda y atada, junto a Batilde de la cual diré en seguida, para no volver a referirme a ello, que seguía vistiendo igual, sin cambiar sino los colores: hoy, blusa y pantaloncillos negros, sandalias doradas. Al comienzo, todo sucedió en silencio.

Obedeciendo a los gestos, giré lentamente sobre mí misma, ofrecida a examen:

—La ha tratado con miramientos —termina por decir Batilde—, pero está bien así, porque no tenía intención de sacarle sangre. Las marcas son bellas, no se mezclan, la piel ha sido bien cuidada. Gracias, Madame Augusta.

Batilde y yo nos quedamos solas.

—De rodillas, erguida, estira los muslos, levanta las nalgas. Los senos, la cabeza.

Me esforzaba con alegría. «Las marcas son bellas». Estaba orgullosa del cumplido. Batilde se inclinó, su boca se deslizó por mis hombros, por mi garganta; una mano crispada en mi cabello me levantó la cabeza y el beso llegó como un mordisco, brutal y profundo. Mi amiga se instaló en su sillón, me rodeó los flancos con los muslos. Mi cabeza descansaba sobre su toisón.

—Hueles a látigo —me dice—; ese olor me gusta.

Como su mano izquierda descansaba en la parte más alta del muslo, besé esa mano que, al levantar mi mentón, me propinó el agradecimiento de una bofetada demasiado seca como para no ser afectuosa.

—La próxima vez seré yo quien te castigue, y hasta hacerte sangre. Ahora, confiesa. ¿Es él quién te ha enviado?

—Hubiera venido de todas maneras.

—Si, por supuesto, no era más que un último capricho. ¿Pero te ha aconsejado ceder?

—Sí.

—¿Te excita saberte azotada?

—Sí.

—¿Te pidió que se lo contaras?

—Sí.

—¿Con detalle?

—¿Y te poseyó al mismo tiempo?

—Sí.
—Y a ti, ¿te gustó contárselo?
—¿Y gozaste mucho?
—Sí.
—¿Y te atreviste a hacer lo que nunca te habías atrevido a hacer?
—Sí.
—¿Qué hiciste?
—Tomé su sexo en la boca.
—¿Hasta el orgasmo?
—Sí.
—Muy bien, mañana habrá que atreverse a más, solicitar más. Habiendo entregado tus labios, ¿supones, sin duda, que ya no queda nada por ofrecer?
—Creo comprender —respondí.
—Entonces, si comprendes, a partir de mañana deberá penetrar en lo más estrecho.
—¿Pero…?
—Sí, la vía no está abierta, pero tienes largas horas para prepararte y, con este objeto, he dispuesto una maleta que abrirás cuando estés sola en tu habitación.
Batilde me condujo hasta el coche. Me acomodé, con la falda levantada por encima del sexo descubierto, de tal manera que una mano acariciara los relieves azulados que llevo delante. A mi lado, en el asiento, estaban mis sandalias, la discreta maleta negra y el látigo con el que me habían mortificado.
—¡Te será útil cuando Gerda te lleve tu ajuar!
Una vez en mi habitación, me quité lo que me cubría y me situé entre espejos. ¡Cuánto orgullo hay en mí! A las marcas de anteayer se sobreponen las de hoy, ¡y cuánto más serias y numerosas son! Palpo las cuatro marcas hinchadas que me atraviesan los muslos por debajo del sexo, después las partes posteriores, esa especie de

escalera cuyos escalones, en la chicha del culo, asumen el aspecto de cuerdas rigurosamente estiradas.

Durante horas no he dejado de chorrear, de pegotearme. Me duché en seguida.

De la maleta, que tan pesada le ha resultado a Filomena («Es una virgen de bronce que he encontrado en el anticuario», le digo), retiro el asiento, no de bronce sino de plomo, que recibirá en los tres huecos, preparados con ese objeto, los tres pies que lo convertirán en un taburete. De su centro alabeado surge un tubo de cuatro centímetros, sobre el cual fijaré las cánulas de ebonita, una de las cuales termina en punta y va espesándose luego, y la otra reproduce el sexo de un hombre muy bien provisto. Las dos primeras están atravesadas por un tubo medular cuya significación adivino y, a poca distancia de la base, por un canalón circular, abrupto en los dos bordes, de un centímetro de profundidad por dos de ancho. Me explicaron que el anillo del esfínter estrangularía ese canalón y que la cánula no correría riesgo alguno de escabullirse una vez que me haya desatornillado y me incorpore «enculada».

Abriéndome la raya con las dos manos, me acuclillo, busco la punta de la cánula número uno, la encuentro y me penetro. Bien untada de aceite, avanza con facilidad. El sufrimiento es real, pero no es mayor al del látigo. Todo ha sido tan bien calculado que, en el momento en que mi grupa se apoya en el asiento, percibo un ligero aflojamiento y mi ano siente su perfecta adaptación al canalón y al esfínter.

Me alzo lo necesario como para que, describiendo un movimiento giratorio similar al que describiría en el taburete de un piano, quede separada del tubo, porque el paso de rosca no

tiene más que una vuelta y he tenido cuidado de no apretarlo, tal como me han recomendado. Ahora, en el espejo, en el centro de mi grupa, que mantengo abierta, descubro la pastilla negra, del diámetro de un escudo de tres libras, que sella mi sumidero.

Antes de empalarme, me hice dos lavativas sucesivas a fin de evitar la obturación de la cánula, pero la necesidad que la presencia de esta provoca es tal que, si no hubiera tomado esa precaución, padecería. Para distraerme, me dedico a arreglar las cosas y mi mirada descubre, encima de la mesa de juego, un paquetito que no había visto hasta entonces y sobre cuya presencia Filomena habrá olvidado llamar mi atención. ¿Será la llave tan esperada? Sí, es el objeto que me introducirá en «el Infierno» del tío Porfirio. Aprisa, me pongo el vestido de terciopelo negro, sandalias, el collar de nácar y guardo en mi bolso la segunda cánula. Dejo para más tarde rebuscar en el armario. Primero, el restaurante donde, en un rincón, al abrigo del mantel y la servilleta, con la falda levantada hasta el borde de ese sexo peludo en el cual tengo clavado el miembro postizo, devoro mi cena; después, a la hora del café, me masturbo con mano discreta sin permitirme, no obstante, la completa satisfacción.

No bien regreso a casa, me empeño en desentrañar el secreto de las llaves. Una vez abiertos, los cajones desbordan de textos impresos, tal vez ilustrados, de textos manuscritos, de fotografías, de cartas, de riquezas que no desperdiciaré. Para leer por la noche, no sustraigo más que una obra, traducida del inglés y provista de croquis técnicos, llamada *Cómo castigar* y una Memoria, escrita por mi tío, de aspecto imponente, que acompaña un sobre de fotografías. En la cubierta, un nombre: Eliana. ¿Se trataría tal

vez de esa prima dos años mayor que yo, de quién me había alejado estúpidamente por su comportamiento equívoco y que se había casado con un sueco a los dieciocho años? Una rápida investigación me confirma que ella fue la invitada de tío Porfirio. ¿Quién lo hubiera creído?

Con esfuerzos, me quité la cánula número uno con intención de reemplazarla por la de calibre dos. Completé mi instalación con un taburete, colocado delante del trípode, que, de ser necesario, me ayudará a levantar los pies. Abundantemente lubricada, me ofrezco al instrumento que comprime mi ano hacia el abismo de mis nalgas, pero, para penetrarme bien, debo ejercer una doble tracción lateral, que ejerzo con ambas manos. Me abro todo lo que puedo. Sin duda, si colocara los pies sobre el taburete, levantando así mis rodillas y acentuando el impulso y el peso de mi grupa, me empalaría, pero tengo miedo. Se me ocurre la idea de masturbarme y atenuar, mediante la agitación de mi clítoris, ese dolor cuya aparición me retiene. Mis manos abandonan la grupa tras haberme cerciorado de la perfecta adherencia del glande de goma al anillo de carne.

Se inicia el placer. Mi pie derecho primero, y después el izquierdo, se colocan como estaba previsto, y yo me tenso bajo la presión del palo, lanzando gritos de gozo. El paso ha quedado abierto, y ya no me queda más que soportar el hundimiento turbador, que por otra parte muy pronto es frenado y finalmente detenido.

Paralelamente, la lectura de los recuerdos de tío Porfirio me restituye el estado de gracia. A medida que voy instruyéndome, perdido ya el miedo, gracias a los textos y a las imágenes, me apoyo con tal fuerza que el palo sigue penetrando en mí y que, al superar el resultado mis

esperanzas, mi grupa roza el plato, se adhiere a él, y luego se amolda tan perfectamente a él que el relajamiento avisor se produce y que, destornillada, suelta, me incorporo, empalmada al más espeso de los sodomizadores, ya sin temor alguno a que se escape.

Al despertar, pienso enfebrecida en ir a casa de Gilbert. Este proyecto queda aplazado de momento por la llegada de Gerda, quien se presentó ya a las ocho, portadora de un ajuar al que llama «penitenciario» y cuyo contacto con mi piel me vuelve loca.

La probadora no tuvo que solicitar dos veces mis rigores, que creo haber ejercido sobre ella con bastante dureza, porque no imaginaba que, después de haber sido severamente tratada, fuera tan apasionante castigar a mi vez. ¿Acaso defraudaron a Gerda los treinta latigazos que recibió arrodillada, con el cuello aprisionado entre mis tobillos, los riñones rehundidos y los muslos separados de par en par, hasta el punto de que, lamiendo y succionando su sexo, mi boca reconociera el gusto de la sangre? No lo creo. Todo lo que me confió después de que, siguiendo sus consejos, quedé empalada en la mayor de las cánulas para que Gilbert pudiera forzarme con más facilidad, afianzó el porvenir de nuestras relaciones.

Supe que no era por necesidad por lo que Gerda estaba al servicio de Madame Oliva, sino por libre elección; que disponía de ingresos importantes y de un apartamento discreto en el cual esperaba recibirme una vez terminado mi periodo de castigo. Le prometí que así sería. Había que separarnos. Lo hicimos en la ternura de un boca a boca bastante salvaje.

Con la cánula siempre en su sitio, vestida con un humilde sayal rojo, peinada con dos trenzas

sujetas con lazos rojos, me dirijo al estudio de Gilbert, alegre como una niña que está a punto de hacer novillos.

Su acogida manifiesta sorpresa ante este atavío que no conocía, acostumbrado como está a los vestidos clásicos que llevan por lo general las damas respetables.

Sin esperar, me quita el vestido por la cabeza y me descubre totalmente desnuda:

—¿No llevas sostén ni bragas?

Le contesto con una sonrisa ingenua. Su estupefacción llega al máximo cuando, dándole la espalda, mis manos separan con insolencia las nalgas y le enseño lo que reconoce inmediatamente como la base del objeto empalador.

—Pero ¿de dónde has sacado ese instrumento?

Le informo de los primeros pasos a seguir, recomendados por Batilde, a fin de que él pudiera satisfacer su deseo también por este orificio. Mi gozo es completo al sentir el lento deslizar que emprende su mano, con una ternura que comunica su emoción al centro mismo de mi sexo. El objeto sale del orificio, y el pene, hinchado con todo su vigor, lo reemplaza con la facilidad de un cuchillo hundido en una bola de mantequilla. Aprieto los labios y crispo las manos cuando él va llegando al final del camino. Poco a poco, se realiza el va y viene majestuoso ante los desbordamientos atizados de una ardiente masturbación de mi clítoris.

5

—Vengo a expiar.

Esta vez lo digo sin confusión y con una especie de impaciente bienestar.

Lucette me introduce directamente en una celda vacía, con la única presencia de un escabel encima del que están expuestos distintos accesorios de cuero.

—¿Ha obedecido la Señora? ¿Va desnuda bajo el vestido?

—Voy desnuda.

—Descálcese y quítese de inmediato el vestido para comprobar que no nos ha mentido.

Me quito las sandalias y el vestido.

—La Señora ha dicho la verdad. Volverá a ponerse la ropa cuando haya sufrido el castigo, pero Madame de Clermont no lo decidirá en seguida. Mientras espera, la Señora tendrá la amabilidad de arrodillarse en el taburete.

El asiento, de madera pulida, es lo bastante grande como para que apoye mis dos rodillas y parte de las piernas, siendo que quedan en el vacío el resto hasta los tobillos, y los pies.

—Hasta ahora la Señora no ha conocido más que el castigo que consiste en arrodillarse apoyándose sobre los dedos de los pies; hoy padecerá otro que consiste en arrodillarse sin apoyo de manos y pies.

Con estas palabras, Lucette me cruza las manos

a la espalda y con una correa, gruesa como un dedo, me ata con fuerza los puños, apretando el lazo hasta que el hebijón llega al agujero más alejado. Hace lo mismo con los pies, pero de tal manera que no queden uno encima del otro, sino, por el contrario, paralelos. Me quedo poco tiempo sola. Se reúne Batilde conmigo, tierna desde que llega, besándome los labios y acariciándome los pechos.

—Te he prometido el látigo, pero no esta posición y esos lazos apretados; tienes derecho a protestar.

Le contesto que adoro estos rigores y que me regocijo de antemano con lo que vaya a suceder. Cuando me pregunta acerca de cómo resistieron mis riñones, contesté que todo se había llevado a cabo bien y sin demasiada molestia y que, cuando Gilbert había penetrado en lo más estrecho de mí misma por cuarta vez, la vía había quedado ya bastante practicable, porque pudo, a cada golpe de pistón, retirarse por completo para volver a hundirse hasta el mango.

—¿Sin duda habría confiado a tus manos la tarea de abrirte?

—No, me abría él mismo, porque yo le había rogado que me atara. ¿Acaso me equivoqué?

—De ningún modo puesto que te entregabas aún más. Pero, dime, el término «pistón», ¿te fue sugerido solamente por los gestos o también por los ruidos?

—Por las dos cosas, pero sobre todo por los ruidos, porque cada vez que su verga se escapaba, era como si hubiera descorchado una botella sellada.

—Pues bien, te felicito por este intento.

—Lo merezco menos de lo que piensa.

Y confesé cómo había titubeado cuando, en la soledad de mi dormitorio, había ofrecido mi

agujero a la más voluminosa de las estacas y que estimaba que debía ser castigada por esa vacilación, de modo que, de obtener permiso, deseaba hacer una visita a Madame Augusta. No sólo me fue concedido de inmediato el permiso, sino que fui calurosamente estimulada a hacerlo, pero con una sola doble condición: que lo hiciera tan sólo dos días después, en lugar de ir a la casa del Camino de los Almendros, y con la única intención de que mi castigo fuera completo, que renunciara a mi próxima cita con Gilbert, lo cual, por otra parte, me permitiría descansar todo el día.

—¿Debo excusarme con Gilbert?

—No, te disculparé yo misma, personalmente.

E, inclinada sobre mi boca, mis senos en sus dos manos:

—¿No estarás celosa? Incluso si…

—No, no me sentiré celosa, incluso si… porque será usted.

—Te adoro, y el placer que me producirá castigarte será maravilloso. ¿Sabes lo que es esto?

Batilde me mostró una de esas espátulas que utilizan las amas de casa para revolver las salsas.

—¿Un cucharón?

—Bueno, quizá sí, pero, en todo caso, la cuchara es plana y va provista de un mango más largo que la hace más fácilmente manejable, porque lo utilizo como férula. ¿Qué es una férula, querida?

—Es un instrumento con el cual se golpean los dedos de los alumnos malos.

—¿Y con el cuál te han pegado a ti?

—No, nunca.

—Pues bien, tu ignorancia quedará compensada. Pero pegar en las manos es cosa de niñas y siervos. Las damas bien educadas lo infligen o lo reciben en la planta de los pies, de

preferencia sobre los dedos. ¿De acuerdo?

Por supuesto, dije. Batilde me acariciaba el pecho con la mano izquierda.

—Decide tú misma cuántos latigazos quieres.

Respondí que no tenía idea de lo que era conveniente.

—Sea. Voy a golpearte una vez y después decidirás.

Mi pecho izquierdo siguió cautivo de la mano que lo estrechaba, y el escozor que alcanzaron mis dedos fue lo bastante cruel, supongo, como para que la excitación humedeciera mi entrepierna, excitación acentuada por el hecho de que mi seno estuviera atrapado en una garra hábil, que me impedía toda objetividad.

—Cincuenta, si esta cifra le parece bien.

—Es una cifra elevada, que prueba tu deseo de agradarme y cuyo valor apreciarás a medida que vayas pronunciando la fórmula de rigor: gracias por este primer golpe, gracias por este segundo golpe, etcétera… Comienzo por el pie izquierdo.

La férula me mordió el talón; fue muy soportable y, como soy educada, añadía a la fórmula un «Señora». Gracias, Señora, por este primer golpe. Al décimo, después de haber recibido cinco en los dedos, tenía lágrimas en los ojos. Cambiamos de lado y de seno. Batilde resultó ser tan experta con la mano izquierda como lo era con la derecha.

Antes del golpe número veintiuno, su mano libre se dirigió a mi pubis, un dedo buscó el pasaje a través de mi mata y, pese a que tenía las piernas juntas, encontró la cumbre de mi sexo. De no haber sido por el sufrimiento, habría gozado. No obstante, ese dolor iba haciéndose siempre más exquisito, pese a que entre dos golpes, Batilde sorbiera con la punta de la lengua el agua que corría por mis mejillas. Pronuncié a gritos los diez

últimos agradecimientos; el dedo compasivo se retiró y me dejé caer en los brazos de mi castigadora. Los pies hinchados y ardientes retomaron contacto con el suelo. Y así permanecieron por mucho tiempo aún, porque me colocaron en un rincón del cuarto, descalza en el cemento áspero, con la nariz y los pechos rozando la pared.

Ahora, el «dromedario» ha reemplazado al taburete. Se me advierte que el castigo ha terminado y que voy a cabalgar al animal sin cabeza y sin cola, muy bajo en la parte delantera, casi hasta tocar el suelo, y más alto en la parte posterior, con esa joroba que termina bruscamente en el vacío. Me sueltan las manos, rodeo con las piernas la giba y me preparo, estimulada por palabras y gestos amables.

—Así, perfecto, con el globo bien alojado en la concavidad de tu vientre, apóyate con las dos manos en el espinazo, extiéndete, sube un poco, así, un pecho a cada lado, cómodamente ubicados, los brazos alrededor del cuello, la cabeza ladeada.

Dos correas me inmovilizan las manos, un cinturón de cáñamo rodea mi cintura, mis pies rozan el suelo por detrás, pero no permanecen por mucho tiempo en semejante abandono; pronto son estrangulados por el nudo corredizo de una cuerda, cuyo extremo pasa por una anilla clavada al suelo y se tensa violentamente después, antes de dejarme atada de tal manera que mi grupa y mis piernas forman un ángulo obtuso con mi torso y que, gracias al doble efecto de la joroba del dromedario y de los lazos que me inmovilizan, se exhiben, arqueadas y tiesas, las partes que se ofrecen al látigo.

Le llega a Batilde el turno de arrodillarse, con su rostro rozando el mío, su boca sobre la mía cada vez que hace un alto en su discurso:

—Desde nuestro encuentro en la plaza sabía que tú serías mi cosa, que te confiaría a Madame Oliva y a Madame Augusta antes de adoptarte como mi alegría de vivir, tal como lo hago hoy.

Y muerde mis labios. Y, como le hablo de mi angustia ante la idea de que esta adopción pudiera no prolongarse más allá del mes de mi castigo:

—Alegría de mi vida, ¿no lo has comprendido? ¿Te convencerás al fin cuando firme, muy pronto, mi juramento con la primera sangre tuya derramada por mis manos?

Contesto que espero esa firma.

Entonces exhibe ante mí las varas. Dos de abedul y dos de mimbre rojo, largas y gruesas las de abedul, más largas y aún más flexibles las de mimbre. El beso se prolonga, intenso y carnoso. Después:

—Lucette y yo vamos a prepararte durante una hora con las varas y un guante de crin. Después, me quedaré a solas contigo. ¡Ponte a la derecha, Lucette!

¡Conmovedora magia esta presentación llevada a ritmo tan rápido! Cuando se alza una de las varas, se abate la otra, ambas castigadoras, pero tan rápidamente cómplices de la conmoción de mi sexo que las desearía aún más mordientes. Cada cinco minutos, se producen simultáneamente las fricciones: una en los muslos; otra en las piernas. A fin de evitar que me corra, a intervalos prudentes los dedos me retuercen duramente el pezón. ¡Qué importa! Ninguna de las horas vividas hasta entonces me parece comparable a esta.

Lucette nos ha dejado. La voz de Batilde se eleva más calurosa que nunca:

—Ya estás al rojo vivo. La vara de mimbre mide un metro veinte. Son muy raras las cañas de ese largo y la finura de sus extremos las hace cortantes. Concederte más de sesenta golpes, haría

imposible repetir la sesión hasta dentro de muchos días, lo cual es absurdo. Así pues, querida, contarás hasta sesenta, a razón de una aplicación por minuto. Cada vez que yo te diga «va», enunciarás la cifra. En los intervalos, te hablaré. ¿No tienes miedo?

—Todavía no lo sé.

—Entonces, lo sabrás pronto; dentro de quince segundos según mi reloj. Tensa tu grupa, pero respira a fondo y no reprimas los gritos; aprieta bien los muslos, perfecto, tu raya tiene la delgadez apropiada. ¡Va, amor mío!

En seguida anuncié «uno», y comprendí que sin duda gritaría, pero que no estaba asustada.

En realidad, todo se cumple entre recíprocas efusiones y, a partir del décimo golpe, en una progresión sangrienta que incita a Batilde a quitarse lo que la cubre para que las salpicaduras alcancen su cuerpo desnudo. Una vez terminada la cuenta sin que modifique mi posición, la flageladora recoge, lamiendo de arriba a abajo mi raya, la sangre más espesa y me la ofrece con una lengua copiosamente untada que succiono con avidez.

—¡Ha sido tu bautismo!, dice ella, y yo contesto que mi vida no hace sino empezar ahora.

—No, todavía no —protesta Batilde.

Delante de mí, sonriente, con el rostro y el cuerpo manchados de mi sangre, arma su triángulo con un sexo prodigioso, provisto de dos globos hinchados, que Lucette le ha traído en una bandeja de plata. Mis piernas y mis muslos se mantienen separados por una doble atadura y el miembro se hunde hasta el fondo en mi vulva, que gotea con voraz apetito. Retrocede, me abandona, vuelve a embestirme. De los globos, comprimidos, surge abundante y cálido el esperma. Mi sexo me invade, me ocupa toda; no es más que un bramido

en el bosque de la magia.

6

Dos días después, Batilde me llevó en coche hasta las cercanías de la Rue de la Faisanderie:

—Ahora, ve —me dice—, caminarás dos kilómetros por esta vieja ciudad y verás el lugar. Me encontraré contigo esta noche a las diez.

Vestida de pies a cabeza gracias a los buenos oficios de Madame Oliva, voy a donde he decidido ir.

Avanzo con pasos mesurados, no sin provocar en semejante suburbio sorpresas y, a veces, comentarios. ¿Cómo no voy a suscitarlos si calzo botas abotonadas, con tacones altísimos, que llegaban hasta la zona carnosa de las nalgas, y de caña tan estrecha que necesariamente me ciñen las pantorrillas, enfundadas en la lana gruesa de un *collant* negro que me sube sin abertura alguna hasta el cuello? Encima del *collant*, y del mismo color, llevo ajustado un delantal de escolar que llega hasta media pierna. De ese *collant*, a la altura de los riñones, sale una retícula, negra también, y tan larga que arrastraría por el suelo si no la llevara colgada del brazo doblado en ángulo recto, cuya mano desaparece en un mitón negro adornado de lazos negros. Señalo que también voy coronada de una boina negra, apoyada recta encima de un moño vertical a lo largo de la nuca, que debería producirme definitivamente vergüenza y confusión de no estar ocupada en

llevar a cabo con orgullo el castigo que me ha impuesto pública, pero también secretamente, Batilde, ya que, aunque el transeúnte lo ignore, yo no puedo olvidar en momento alguno que, debajo del *collant* de lana, mortifica mi pecho una doble copa de crin y que las botas, adquiridas en una tienda para «jovencitas», son de un número inferior al de mis pies.

Para recibirme, Madame Augusta se ha puesto la blusa blanca y ha calzado sandalias de cuero leonado. Me abraza y me conduce al seno de una confortable austeridad, cuya distinción me sorprende. Una de las habitaciones está tapizada de libros.

—Si, en otros tiempos me he dedicado a la enseñanza en Hungría, y si bien no lamento no pertenecer ya a una institución pública, he conservado el gusto por la lectura y ciertos conocimientos pedagógicos que pongo en práctica no solamente en el círculo conocido por usted, sino también en beneficio de dos muchachos de trece y quince años que me son confiados por su madre todos los jueves y cuya docilidad tal vez tendré un día la satisfacción de exhibir ante usted. Pero ahora, no perdamos tiempo, porque el programa es apretado.

La propia Madame Augusta procede a desvestirme, celebrando de paso la irritación de mis senos y las marcas que las varas han dejado en mi grupa; tras acariciarme desde el hueco de los riñones hasta la parte posterior de las rodillas, me informan que, después de semejante maceración, «el látigo helado» que se me reserva será infinitamente más doloroso. Cuando me desnudo, me duchan con agua fría, porque «he sudado», me perfuman y después me transmiten la orden que han recibido de depilarme el sexo.

Me tiendo, bien abierta, con las rodillas

levantadas y los pies apoyados en el borde del sofá. Las tijeras reducen primero el vello; después, la crema depilatoria cubre toda la zona que estuvo cubierta de pelos. Mientras se seca, Madame Augusta roza con un dedo mis labios grandes:

—Sufrirá, pero será breve.

Lo es, en efecto. Los pocos pelos restantes son extirpados con pinzas.

—Nos atrasamos un poco pero ya no tendrá que esperar mucho el castigo. Sería agradable para ambas si se tendiera sobre mis rodillas, pero los golpes carecerían de fuerza y el castigo perdería eficacia.

Por lo tanto, vuelvo al sofá y me arrodillo con los pies fuera del asiento, la cabeza apoyada en el respaldo y alojada en mis antebrazos, el pecho aplastado contra el moleskin, los riñones hundidos y los muslos tan separados que todo se ofrece abierto, entregado.

La esponja, hinchada y empapada de agua helada, roza muchas veces mis carnes atormentadas por las varas y las heridas sin cicatrizar de piernas y muslos.

Son quinientos los golpes de fuego, quinientos los contactos que se adhieren sin piedad, concedidos con todo el vigor del brazo, en la recíproca alegría de salvajes esponsales; después, quinientos más, tras cambiar de lado y de mano, por todas partes, pero más a menudo en el eje, sobre ese sexo que se humedecería si el incendio provocado por los golpes no lo secara.

Inducida como la primera vez a acariciar yo a mi castigadora, instalada en mi lugar, me entrego a la tarea con entusiasmo y, aunque me corro como una fuente, la sesión se prolonga: mamo, sorbo, chupo, mordisqueo, me multiplico con manos, boca, pies incluso, obsesionada desde el principio por esta abertura anal en la que toda

inmersión alcanza el absoluto, la sumisión y la posesión.

He contado hasta seis veces quinientos, lo que eleva la cuenta a tres mil latigazos tan restallantes que mis heridas, reavivadas, se embadurnan de sanguinolenta supuración. La tercera orgía de caricias se transforma en delirio. No me contengo más, expreso mis deseos, exijo suplementos al reposo que me ofrece esta divinidad corpulenta, que al fin me tutea.

Como estaba previsto, exactamente a las diez, Batilde se reúne con nosotras.

—¿No adivinas de dónde vengo? —dice.

—¿Estabas en casa de Gilbert?

—Sí, y está satisfecho de tu comportamiento en estas sesiones de prueba. Es lo que hace mucho tiempo deseaba para ti…

—Pero entonces, toda esta puesta en escena, ese chantaje mediante las fotografías, las cartas…

—Todo arreglado. ¿Te sientes segura ahora?

—¡Sí! …

—¿Libre, feliz y sin presiones?

—¡Sí, y sobre todo deseosa de continuar!

—Es precisamente lo que habíamos soñado Gilbert y yo. Si lo deseas intensamente, Madame Augusta te alojará aquí, en reclusión total, con objeto de llevar tu iniciación a su cumplimiento. ¿Lo deseas realmente?

—Le imploro que me deje en manos de Madame Augusta.

—Gilbert me ha confiado órdenes muy precisas; tendrás que acatarlas escrupulosamente.

—Las acataré con humildad.

—Mañana por la mañana, cuando despiertes, solicitarás un castigo, después del cual Madame Augusta te comunicará el reglamento, que irá perfeccionándose según tu evolución diaria. ¿Te parece bien?

—La iré informando a medida que progrese.

—Por esta noche nos contentaremos con instalarte.

Me conducen a una celda con las paredes encaladas y el suelo de baldosas negras en el que hay unos cirios que irradian una luz difusa. La ausencia de aberturas al exterior acentúa la austeridad del lugar. Anillas sujetas a las paredes, extraños e impresionantes accesorios: todo tiene por objeto señalarlo como lugar de castigo, celda de corrección.

Me han aprisionado en una larga camisa de tela rugosa que se anuda bajo los pies. Cada gesto se realiza sin una palabra, con ritual serenidad.

Apenas me sorprendía ya la facilidad con la que olvidaba a mi melancólico marido y a Filomena, que mañana por la mañana se percatará de mi ausencia. Una sonrisa curva mis labios cuando recuerdo a tío Porfirio. Se ha hecho la oscuridad y, advertida por ese primer ejercicio, he iniciado el retiro. Empiezo a existir más.

En cuanto me despierto, me arrodillo junto a mi camastro y solicito con insistencia que me abofeteen. Entonces, Madame Augusta me inflige seis pares de enérgicas bofetadas, pero no brutales; las recibo con los ojos cerrados y las mejillas hinchadas.

Después, Madame me hace beber una taza de café sin azúcar y comer unos bizcochos que saboreo con delicadeza, migaja por migaja.

Tras satisfacer mis necesidades, me lavan en una cuba colocada bajo el grifo de agua fría. Me peino con dos coletas sujetas con lazos de color.

Me han atado las manos por detrás de la espalda, con las palmas hacia afuera. Después los pies. Me han sentado sobre el felpudo que cubre un escabel; corrigen la postura de mi busto, que debe permanecer erguido; me juntan las rodillas;

los pies deben sostenerse en la punta de los dedos. Mi gobernanta aprovecha esta actitud de reposo para leerme, en voz monocorde, el empleo que a partir de entonces haré de mi tiempo:

«A partir de mañana, todos los días, a la misma hora y en la misma posición en que estás ahora, organizarás tu confesión. En primer lugar, después de precisar el tema que te habrás planteado, confesarás todo lo que en el presente y en el pasado pueda merecer castigo. En segundo lugar, te congratularás públicamente por todo lo que en la práctica de las normas te aporta mayor satisfacción, limitando no obstante esa apología a un aspecto muy preciso de esta práctica. No tienes derecho a pensar en el porvenir. La confesión deberá terminar a las nueve en punto. A partir de ese momento, te quedarás sola, de pie, plantada en una capa de garbanzos; aprisionaremos tus pechos en un corpiño de crin que se completará con ese cuello claveteado que ves allí. Este cinturón de castidad obturará tu grupa. Esta mañana, Madame Oliva nos ha traído los accesorios».

¡Increíble este encierro del cual seré cautiva! Los archivos de tío Porfirio me habían revelado ya mediante texto e imagen la existencia de violencias semejantes; pero, mientras en todas las torturas anteriores era preciso retirar las bragas para satisfacer las necesidades naturales, en esta puedo orinar y defecar sin quitarme el cinturón y por lo tanto sin que me sea posible acceder manualmente a mi vulva o a mi ano. Una vez enfundada en las bragas de castidad, comprendo lo ingenioso de sus dos bolsillos de goma, a los cuales separa una brida reforzada que se adhiere al perineo. La bolsa urinaria se vacía mediante una verga postiza que cuelga de la raya, mientras una cremallera cierra la bolsa defecatoria. En los tercios inferiores de los muslos, el aparato culmina

en dos cañas emballenadas de quince centímetros de altura y llega hasta por encima del ombligo. Está garantizado contra toda penetración por una armazón del mismo tipo, armada de una doble cerradura plana que se cierra con una llave por la espalda.

—Orinarás de pie, con las piernas separadas y lentamente, de modo que la bolsa, necesariamente exigua, se hinche sin desbordar. Cuando sientas necesidad de defecar, solicitarás que te abran la hendidura trasera, lo cual no se te concederá sino dos veces cada veinticuatro horas, de modo que te bastará con acuclillarte para que la expulsión de las materias se efectúe sin accidentes. En caso de que no puedas contenerte, la bolsa de goma recibirá evidentemente tus excrementos, de los cuales seré yo la encargada de librarte más o menos aprisa, según me parezca. En fin, se te quitarán las bragas todas las veces que lo exija la aplicación del látigo o la utilización de tus orificios, pero sin que, en circunstancia alguna, te aproveches de ello para tus funciones naturales.

Tras ataviarme de este modo, Madame Augusta me instaló en la zona de castigo y partió a ocuparse de sus cosas. Los garbanzos se incrustan en la planta de mis pies, los mortifican. Mis músculos se distienden y dejo subir hasta mi sexo una comezón agradable, igual a la que sentía durante las largas sesiones de pose para Gilbert. Como entonces, procuro constantemente corregir la curva de mis riñones, la rectitud simétrica de mis senos, atenta a sorprender el menor defecto, orgullosa, en suma, de mi porte. De mi sexo depilado mana el licor.

¿Hasta dónde llegará esta fiesta, cuáles son los límites de las humillaciones y sumisiones que Gilbert desea obtener de mí? Se me prohíbe pensar en el futuro; por lo tanto, procuro no especular.

Otra vez junto a mí, Madame Augusta me recuerda el rigor de la norma, que ya no lee, pero aplica. Anuncia que me será administrado el látigo de goma en muslos y nalgas, a razón de cinco golpes por minuto. Un reloj pequeño colocado encima del escritorio nos obligará a respetar el tiempo. Para esta ejecución, lo mismo que para las siguientes, me han quitado las bragas, me han desatado y luego atrapado las manos y el cuello en una triple ventana en guillotina, colocada en el ángulo del calabozo con este objeto, que se regula cuidadosamente a la altura deseada. Recibiré el látigo de goma en las nalgas; las manos y la cabeza pasarán por las aberturas de la ventana en guillotina, colocada lo bastante baja como para que mis riñones queden huecos.

Se aseguran de que me encuentre cómoda.

Respondo que me siento bien con la grupa alta y abierta.

Me advierten que deberé enunciar la cifra antes de cada golpe recibido. Los golpes caen con regularidad, sin violencia. Nunca como hoy han estado mis carnes más receptivas. Mi piel arde.

—Tu culo pasa del blanco al rosa. ¿Sufres?

—Escuece un poco, pero sé soportarlo.

—No es suficiente soportarlo; debes también aprehender su voluptuosidad. Iré cambiando regularmente el lugar de los golpes —me susurra Madame Augusta.

Al comienzo, me sorprenden tanta bondad y atención por parte de esa matrona, pero, a medida que los golpes se desplazan, sitúo entre los riñones un lugar preciso que, bajo el golpe, emite una onda de bienestar que se propaga por todo el trasero. La multiplicación de los golpes en este lugar crea muy pronto una ola continua que anestesia totalmente mis carnes.

—Ahí, ese era el lugar que había que

encontrar, justo al lado del nacimiento de la hendidura.

—Sí —respondí débilmente, añadiendo con voz más segura—: Gracias, Madame, por el golpe número cuarenta y dos.

Las cifras se suceden, y mi trasero se va entumeciendo gradualmente. Ese estado de calma en el dolor olvidado, esa serenidad envolvente que conlleva la espera de un desgarramiento, no son interrumpidos sino por una observación furtivamente deslizada a mi oído por una boca cuyo aliento cálido perfuma mi cuello.

—¿Has gozado?

—¡No!

—Entonces, ¡quiere decir que anoche, en tu lecho, te has masturbado!

—¡No, usted me lo había prohibido!

Tranquilizada sobre ese punto, Madame Augusta comienza a manejar el látigo con infinita sabiduría, y no me sorprende sentir surgir un grito, mudo primero, que me atenaza el sexo como un torno y después me crispa en una desgarradora rigidez, como una anguila.

A partir de ese instante, el castigo se vuelve recompensa.

Y mi boca agradece a Madame Augusta, besando largamente sus pies y sus manos, lamiendo las lágrimas de alegría con la que yo los inundaba.

Después de un descanso sin abandonar el lugar del castigo, y de rodillas, con la cadena estirada al máximo y mis manos y pies sujetos, mi ama me invita a hacer mi primera comida de reclusa. En el taburete en el que me arrodillo, han colocado una escudilla que contiene el equivalente a una taza de té de tapioca muy espesa, remojada en cuatro cucharadas de aceite de hígado de bacalao. Sorbo la papilla y continúo de rodillas.

Madame ha reemplazado la escudilla por una pluma, un tintero y hojas de papel de carta. Me permite, si deseo hacerlo, compartir mis impresiones con Gilbert. Me deja sola. Con las manos atadas al frente, pero aflojadas, escribo con dificultad:

Gilbert:

Todo va más allá de lo que esperaba. Madame Augusta es sorprendente con su severa exactitud.

Estoy a la espera de que continúe el castigo; nada resultará excesivo.

La tortura de garbanzos es muy conmovedora. No menos lo es la del látigo de goma.

Sabes que es la hora de permanecer de rodillas.

Te suplico de rodillas que no tengas piedad.

Soy feliz.

Te doy humildemente las gracias, si me lo permites.

Me someto, con las manos atadas.

Beatriz.

7

En cuanto a severidad, las consignas de Gilbert aumentaron sobre todo en rigor. Naturalmente, los ejercicios ulteriores se incrementan día a día. Entretanto, los tiempos muertos de mi jornada van siendo siempre más organizados según una ordenación siempre más estricta, que a veces exige de mí un papel activo de mortificación. Una vez terminadas las primeras obligaciones matinales, tras mi confesión y antes de meditar sobre los garbanzos, Madame Augusta le da cuerda al pequeño reloj del escritorio.

Es embriagadora la sensación que me produce ese castigo nudoso, que me impongo a mí misma siguiendo la cadencia del metrónomo, cronometrado para cinco golpes por minuto. Me resulta fácil seguir el ritmo; lo es bastante menos vigilar la emoción que me invade, tanto más cuanto que la zona reservada a la flagelación va desde la nuca hasta las pantorrillas, con excepción de los riñones. Me han prohibido tocar la parte delantera, así como tratar de obtener sangre insistiendo en un único lugar. Pero qué maravilloso ejercicio aquel que permite, determinado por el tiempo, controlara la perfección, localizándolas, las sensaciones más secretas.

En varias ocasiones, la solapada voluptuosidad tendía su red perturbadora, y sólo la espera de

tormentos ulteriores, que deseaba fueran deliciosos, hacía retroceder el tentador espejismo.

A medida que aumentan, esos tormentos me parecen siempre más insuficientes y placenteros. Insuficiente es la media hora de suspensión por las manos, apoyándome en la punta de los pies, que me conceden los jueves y los viernes por la tarde.

Gozosa es la flagelación mediante varas de abedul, que me otorgan el domingo, atrapada yo en la guillotina a buena altura, con las nalgas cerradas, golpeada de la nuca a las pantorrillas hasta que la sangre llega a los talones. Apacible es el reposo que sigue a cada jornada, con las manos y los pies sólidamente atados, de rodillas, con los pies suspendidos y la cadena del cuello estirada de modo que mi rostro no se aleje demasiado del ángulo sombrío de la pared que ya me es familiar.

Fraccionando la jornada, las comidas austeras, admiten, al mediodía, un plato de sopa de tapioca, enriquecida con una patata cruda rayada. Madame me hace beber un vaso de oporto.

A la noche, el menú es algo más elaborado. Sorbo sucesivamente dos tazones de té, la papilla de tapioca sazonada con aceite de hígado de bacalao y lejía, y espesada con tres cucharadas de harina. Al oporto le añaden la yema batida de un huevo.

La severidad de esos platos hace que los deguste con tanto más esmero cuanto que comprendo perfectamente que su composición está pensada para conservarme en un permanente estado de disponibilidad. El recreo que sigue a las comidas me permite utilizar la vasija y caminar por mi celda. Los puntos sensibles, plenos de contusiones provocadas por los objetos de tormento, se localizan en tantos lugares diversos como lo son las voluptuosidades que engendran.

Arrodillada en el escabel de donde han retirado

de antemano la crin, recibo, con las manos atadas y los brazos estirados, la férula en la planta de los pies, a razón de cuatro aplicaciones por minuto. Es esta una excelente manera de despertar el cuerpo que, poco después, se arquea por detrás, con las rodillas apoyadas en el escabel, otra vez cubierto de crin. La cabeza echada hacia atrás entre los omóplatos, los senos hinchados se consagran mediante la flagelación con vara de abedul. El tratamiento cesa cuando la sangre alcanza la altura del sexo. Después, situada en la ventana en guillotina colocada a poca altura, Madame aplica la toesa, a razón de diez golpes por minuto, sobre mis nalgas muy abiertas. Uno de cada diez golpes se da en el sentido de la longitud de la vulva. Es en esta décima aplicación en la que concentro toda mi emoción. Después de esta prueba, y mientras descanso sea cual sea el estado de mis nalgas en la crin del escabel, a veces sucede, como hoy, que Batilde viene a visitarnos. Al verme en el estado ya descrito, manifiesta el deseo de que la acaricie, y no puedo negarle nada. Todo ocurre en el recinto de la celda y no utilizo más que mi boca, mis senos y mis pies. El empeño que pongo en la alegría del abrazo y de la despedida refleja siempre la gratitud que siento por mi primera iniciadora. Antes de comunicarnos las últimas órdenes educativas de Gilbert, Batilde le pregunta a Madame Augusta por el estado de mi evolución, que tan bien revelan las cartas destinadas a mi amante que Batilde me solicita que se las lea, lo cual me apresuro a hacer con la última:

Gilbert:

La vida en la celda es simple y bella.

Ha pasado ya una semana de felicidad.

El martes, han colocado la guillotina, que acoge a la perfección mi cuello y mis

hombros gracias a la gruesa borra de seda con la que han sido forrados el tragaluz y lo que lo rodea.

Cual un bebé culón, hago mis necesidades en una pequeña vasija de latón esmaltada.

El domingo por la noche he sangrado hasta los límites fijados por ti.

He gritado largamente mi gozo.

Las puntas de las varas me mortifican muy bien los senos, pero, para obtener la suficiente abundancia, Madame Augusta tuvo que emplear el cepillo de metal. «No hay que estropear nada», dice.

Sugiere emplear, de ahora en adelante, después del abedul, ramillas de escaramujo, porque el cepillo es demasiado «expeditivo».

Madame ha aprovechado todo lo que autorizas.

Somos felices, la una gracias a la otra.

Tus severidades son dulces, muy dulces, a mi corazón.

Te imploro de rodillas que escatimes menos.

Beatriz.

Esta confesión termina de convencer a Batilde del grado a que ha llegado mi evolución. Como recreo, me conduce hacia el exterior y me ordena seguir el sendero y abandonarme a mí misma visitando el inmenso parque salvaje en el cual no tengo que temer presencia inoportuna alguna. En efecto, la propiedad está protegida de toda indiscreción por un muro de tres metros de alto, erizado en lo alto por fragmentos de botellas. Me ruegan que regrese con una cesta de ortigas y me dan la cesta, provista de las herramientas

necesarias.

Voy descalza a lo largo del talud, por el fango y los guijarros. Las mentas acuáticas aplastan su aroma en mis palmas verdosas, a las que lamo embriagada por su suave perfume. Hay mariquitas azules que recojo una a una y dejo deslizar por debajo de la lana, entre mis senos. Más allá, me perturba la visión de los cañizos rojizos, la cabellera de los sauces y los escaramujos armados como garras de lince. Me adelanto extasiada por el camino de las severidades, con el sexo atento a los tormentos. Me identifico con una codorniz, zancuda, entre cuyos dedos abiertos en espátula, el fango se arremolina en anillos tiernos y oleosos: ¡exceso de dulzura! Y, de pronto, heme, entregada y consentida, caminando sobre guijarros que me causan exquisitas magulladuras y me escuecen como si caminara sobre ascuas; y, por instantes, los helados barrizales se adhieren a mis entrepiernas, hasta la hendidura, estremeciéndome hasta la nuca.

A partir de ahí, la maleza se espesa con fresnos y cañas; poco a poco me voy despojando de las prendas que sobran y que pongo en el cesto. Las ortigas me esperan, retraídas en un macizo profundo, inmóviles en ausencia de viento, azuladas, grasas y peludas. Extraídos de la cesta, los guantes de ante me cubren hasta el antebrazo, única protección de mi cuerpo ofendido desde los tobillos hasta los pechos. Pero, pese al humillante escozor que me quema los flancos, nada detiene la progresión de la podadera.

Treinta ramas espesas de oscuro resplandor tapizan el mimbre; en las entrepiernas arde el sexo desecado e hinchado en un fruto que revela su perturbación y protuberancia.

Otra vez, a dos pasos de mí, silenciosas, furtivas y solapadas como nocturnos, las hojas del

suplicio ceden a las tijeras.

Ha llegado la hora de volver a vestirse, de regresar con serenidad, de penetrar en la celda, de tumbarse en la reja y de fijar las anillas a las manos a un lado y a otro del cuerpo.

El castigo de ortigas parece simple, pero no lo es en este caso. Las ortigas no esperan. Hay que utilizarlas de inmediato. Madame Augusta separa cuidadosamente las hojas de los tallos. Batilde llena la copa con una de sus manos enguantadas y, con la otra, inclina mi cabeza hacia atrás, al vacío, de modo que la nuca coincida con el borde de la reja, cuyo contacto queda suavizado por un cojín atado. Un pañuelo protege el cuello de posibles contactos… Con un movimiento envolvente, sin apoyar con fuerza, empieza el castigo del primer pecho, de la periferia hacia el pezón y al revés. Se hincha, endurecido, se espesa en importantes nódulos que finalmente se confunden en un acolchado tumefacto. El pezón duplica por lo menos su tamaño. Después de unos diez minutos y la aplicación de varios ramilletes de ortigas, queda evidente que sería inútil seguir insistiendo, como se demuestra al comparar con el otro seno, todavía intacto. Esas ortigas de huerta constituyen un delicado divertimento para los senos, pronto seducidos por una fricción con guante de crin que empareja la superficie y reparte la ponzoña. La paciencia y la dulzura de los movimientos lancinantes de la mano de Batilde evitan toda brutalidad y todo rasguño. Una vez terminada la fricción, el pecho queda rojo y ardiente al tacto, como al salir del corpiño de crin.

El tratamiento de las demás partes exige que sea guillotinada en ángulo recto, con las rodillas muy separadas, los riñones atravesados por un pliegue longitudinal y la grupa erecta en arco, alta y abierta. Queda visible el ano, la vulva ofrecida

se entreabre, rosada entre los labios malvas. Batilde, enfundada en una casulla de sayal estrecha y corta, con una cuerda en la cintura, y los brazos desnudos hasta los codos, manipula un voluminoso ramo de doce tallos, embutido en un guante. Ha inspirado muy fuerte para relajarse; después, ha levantado el brazo. ¿Cuál es el viento que arrastra hasta la celda una hoja? ¿Qué son esas cosas sofocadas? ¡Cuan poco ruido y cuan poca fuerza hacen falta para que tantas agujas penetren a la vez en una superficie tan grande de carnes tiernas! ¡Y pensar que ese viento no es nada! No ha soplado más de diez minutos trayendo consigo escozor y frescor. No es sino cuando se ha calmado y Batilde oficia secretamente, cuando todo se pone muy serio. El segundo ramo se utilizará menos aprisa, con la misma lentitud, perseverancia y malignidad. Las manos enguantadas lo conducen con parsimonia. Lo utilizan en un aseo esmerado, sin lagunas, atentas sobre todo a las partes sedosas, a las mucosas resecas por el juego. Agotan su veneno en las entrepiernas en el vértice del sexo, apartándose del clítoris para evitar el placer. ¿Es acaso motivo de sorpresa el que tanta solicitud provoque al fin tan altos clamores? ¿Hay acaso motivo de sorpresa en ese cuerpo olvidado sobre el instrumento del suplicio, sacudido aún durante tanto tiempo y ahora aplastado?

Primero, juntan mis piernas y, después, las ciñen en un saco de cuero herméticamente cerrado de la ingle a los tobillos; enfundan mis brazos en otro saco igual, pero pensado a su medida, y es en ese traje de sirena muy liso cómo me instalan para pasar la noche.

Mi cuerpo no habrá sido conducido al paroxismo, ni podré rascar ni suavizar los escozores. Batilde me acaricia tiernamente el

toisón, roza con su cálido aliento mis labios ávidos sin concederme no obstante el beso que yo esperaba, y anuncia en un susurro, con voz afectuosa la llegada de Gilbert, una vez transcurrida la noche de espera. Y pese a esta promesa, cómo expresar el desasosiego de no poder acariciar a Batilde ahora que sé ofrecer un cuerpo lujosamente engalanado. En la sal, mis nalgas y mis pechos han ardido a fuego vivo.

8

Por la mañana, me ha despertado Madame Augusta. Me ha quitado la manta y desatado los correajes. No me ha hablado. Me miraba con ojos tristes y apretaba los labios. Me he puesto de espaldas, ella me ha levantado la ropa y propinado una vigorosa flagelación manual. Nada ha cambiado en su atuendo, salvo la manga derecha de su blusón, arremangada hasta el hombro, poniendo al descubierto un brazo robusto y muy blanco. Me he quitado la camisa; después, desnuda y con el sexo húmedo, he seguido a mi gobernanta hasta el baño. Me lavan como a un bebé, me enjuagan con agua fría. Los instantes siguientes se hacen penosos. Mi excitación ha desaparecido. Me he sentado en el escabel de madera blanca… El aire es vivo y siento el frío. Todavía un poco dormida, me pregunto si no estoy lanzándome a una empresa que me traerá más decepciones que momentos de felicidad. Mi gobernanta se ha alejado un momento; me trae café muy cargado y tres bizcochos. La bebida caliente me reanima y comprendo que he superado el momento crítico. Los tratamientos que vienen a continuación no hacen más que acelerar el regreso de mis deseos, y mi sexo vuelve a conmoverse. La verdad es que hace mucho tiempo que no se le concede el gozo.

El espejo me revela la extravagancia de mi peinado. Por orden de Gilbert, había dejado crecer

mis cabellos; me llegan a los hombros. Mi gobernanta los divide en varios mechones que trenza fuertemente. Quedo así coronada de espigas que, reunidas en lo alto de la cabeza, son anudadas por un lazo de goma que asegura su tracción y su cohesión.

Me afeitan las cejas y las axilas, me maquillan sin exceso, me perfuman. Un collar aprisiona mi cuello. Es de cuero grueso y siete centímetros de ancho; me obliga a levantar la cabeza. Está provisto de dos anillas. Las manos quedan sujetas a la espalda por un brazalete del mismo tamaño. Ciñe cada uno de mis tobillos un anillo de plata; una cadenita de treinta centímetros, removible, ata ambos anillos. No me permitirá más que pasos extremadamente cortos, efectuados necesariamente sobre la punta de los pies. Han fijado una correa a la anilla que cuelga de mi nuca. Mi excitación es enorme, mis ojos lanzan llamas, me considero perfectamente preparada. Se abre la puerta. Trenzada como una potranca, atada, trabada, camino lentamente, sostenida por mi guardiana. Desciendo la escalera. Paralela a los escalones, la cadena, tirante, no permite un descenso normal. La escalera conduce al cuarto de estar, pero no tomamos el camino más corto. Me hacen atravesar la cocina y salimos al patio. El tiempo está desapacible. Bajo una lluvia fina y dulce, no experimento sensación de frío alguna. Al contrario. En el centro del patio, por el suelo, han dispuesto una vasija de porcelana blanca, un cubo de esmalte azul, una cubeta que contiene agua y una esponja. Sólo entonces comprendo por qué me ha sido negada la satisfacción de mis necesidades. La invitación se formula en términos humillantes:

—Cuando quieras, Beatriz, hacer tu pipí y tu caca…

La respuesta llega conforme al protocolo

impuesto:

—Sí, por favor, haré pipí y caca.

Deslizan la vasija entre mis piernas separadas; después, sostenida por mi gobernanta, me acuclillo sobre el cubo. Antes de erguirme, interviene la esponja. El cerrojo de la puerta de la celda se ha abierto desde el interior. Entro al lugar de mi castigo como se entra a un monasterio. Dan las ocho. Es el momento de mi confesión. Soy feliz.

Gilbert ocupa el sillón. Heme aquí arrodillada ante él. No lleva más que un slip blanco y zapatillas negras. Está bronceado, peludo. Lo encuentro soberbio. Me mira durante un rato; después, adelantando la mano derecha, acaricia mis cabellos.

—Beatriz —dice—, aquí estás, convertida en perra. Llevas correa como un perro de lanas y collar de cuero. Estás encadenada, te llevan atada. ¿Aceptas tu suerte?

—Sí, acepto mi suerte.

—Eres un animal noble, pero doméstico o, más bien, por domesticar. Te debo el estar satisfecho porque te veo sumisa y que has elegido esta sumisión. Pero es preciso que yo ejerza esta sumisión, que la exija de tu boca, de tus manos, de tus pies y sobre todo de tu grupa, porque eres y debes ser ante todo un culo, perpetuamente ofrecido al látigo. A veces, conocerás el reposo, pero, mientras te esté domando, te llamarás º. No serás tan sólo azotada. Se me ocurrirá a veces flagelarte desde la nuca hasta los talones y provocar el sufrimiento en todo tu cuerpo, pero jamás deberás olvidar que, de hecho, sólo existes en esa parte de tu cuerpo que va de los riñones a las pantorrillas. ¿Lo recordarás?

—Sí —digo—, recordaré que no soy más que un culo y que no debo pensar, ni ver, ni hablar ni sentir más que por él.

Gilbert me concede sus labios.

—Te amo, Beatriz, y te doy las gracias. Ahora, Madame Augusta, ¿querrá ocuparse de Beacul?

El potro de castigo comporta tres partes traseras, provistas de apoya-pies, dos patas laterales muy separadas y una pata central, esta con dos soportes en lugar de uno solo. Cuando se aplica el látigo en los tobillos, al ser inmóviles los apoya-pies, estos quedan inmovilizados a uno y otro lado de la pata central. Al estar fijos los apoya-pies, su uso ofrece también otra ventaja. Permite alzar la grupa al máximo, separarla del cojín, ofrecerla en su amplitud y hacerla mucho más móvil.

Antes de cabalgar, debo conocer el instrumento de la mortificación. Se trata de una mano de goma, gruesa y cerrada, enganchada en el extremo de una vara de bambú de setenta centímetros. Debo sufrir cincuenta aplicaciones, con las nalgas abiertas y la grupa levantada. Madame Augusta actúa con rigor ante la mirada de mi amo. La resistencia adquirida y la extrema excitación en la que me encuentro me permiten soportar sin aullar los cincuenta golpes de la terrible raqueta. Lloro cuando su mordedura afecta el interior de los muslos, pero no grito. Mi amo se declara satisfecho.

—Jamás he visto una grupa más perfectamente amoratada —declara.

Ha llegado el momento de completar mi aspecto de perro de lanas mediante un artificio apropiado. Se trata de una malla de tejido elástico, enteramente forrada —salvo en las rodillas y las mangas— de un cepillo de crin sobre el cual, en el exterior, se ha pegado una piel rizada parecida a la del animal en cuestión. Me desatan para introducirme en mi segunda piel. Como entre el cuello y los riñones el cierre de la malla consiste

en una cremallera, la parte superior del traje cae sobre la inferior. Les cuesta mucho enfilarme la malla por abajo, porque la estrechez de las piernas hace difícil el paso de los pies. Sin embargo, salen uno tras otro de la piel que se detiene en los tobillos, a la altura del brazalete. Conservo los pies desnudos. La adherencia es perfecta, pero no estoy enteramente encerrada, porque una abertura ribeteada de cuero deja libre el sexo, y una segunda hendidura, reducida a lo estrictamente necesario, da por detrás acceso a mi ano. Levantan la parte superior del traje. Calzo las mangas y después recibo la orden de separar los brazos con el objeto de que mi gobernanta pueda encerrarme en mi cilicio. El cuello permanece libre. La corta cola peluda, fijada en el vértice de las nalgas, se yergue atrevida por efecto de la tensión. Mi toma de hábito es efectiva.

Me colocan en el ángulo frente a la puerta de entrada, otra vez con las manos fuertemente atadas. Me arrodillo allí. Una cadena corta, fijada a la anilla debajo de mi mentón, alcanza un gancho grande que han clavado en la intersección de los muros, a la altura deseada. Juntan los brazaletes de mis tobillos. Me advierten que no flexione las rodillas. Me quedo sola. De la habitación vecina me llega el eco de las nueve campanadas de las nueve.

¿Cómo describir el estado en el cual voy penetrando poco a poco, a medida que se escurre el tiempo que temo despilfarrar? ¿He gozado acaso del lujo de la conciencia? No, todo ha sido rápido, un choque, una conmoción, es cierto, pero ajeno a toda reflexión. «Orden contemplativa». Ahora aprehendo la significación de esa elección, la voluptuosidad de la oración sobre mí misma, sobre esta condición de perra en celo. La única urgencia es la de pertenecer a esa orden sin

equívocos, a esa larga sentencia que se lleva a cabo en la privación, la perturbación, el sufrimiento.

No soy objeto, porque el objeto no elige, y yo he elegido. Instrumento, sí, instrumento por resonancia, grupa, nalgas de resonancia, tambor sonoro, pero el tambor no siente que es golpeado. Castigo, sí, único concepto posible, porque esta es la necesidad de ese sexo exigente, imperioso, abierto, tendido, húmedo hasta el punto de mojar el pavimento con un hilo continuo de miel cuyo charco se extiende entre el muro y mis rodillas. «Beacul», sí, y con alegría, pero sobre todo sexo, sexo inteligente expresado en esa lógica despegada del látigo, de las ataduras del castigo, de la crin. ¿Cómo existir entre dos orgasmos, si no es en esta prosternación? ¿Cómo tener paciencia sin la tortura del azote, cómo contener ese deseo sin la complicidad del cilicio, de ese maravilloso guardián, cuya vigilancia se ejerce en todas partes a la vez, hasta la raja de la grupa, sorprendiéndote con todas sus púas al menor movimiento y de modo más imperativo e incisivo a medida que transcurre el tiempo? Cepillo nunca pérfido, desprovisto de la elasticidad de la crin vegetal; cepillo acerado, penetrante, que llevo hace apenas una hora, pero que llevaré todo el día, según acaban de avisarme. Castigo lento, progresivo, fuego de la epidermis, congestión del sexo, condición de ese espasmo siempre prometido y siempre aplazado.

Ha venido mi amo. Ha abierto mi cilicio, liberando un instante parte de mi espalda. Después, ha vuelto a cerrarlo. Con una mano, ha girado mi cabeza en la medida en que lo permite mi cadena.

—Es de jabalí rapado —precisa—. Parece ser de lo más eficaz.

Ha rozado mis labios con los suyos y se ha ido. Este contacto me ha enloquecido. Saber que mi cilicio es el mejor del mundo alimenta mi orgullo y despierta mi sexo soñoliento. Prosigo mi ensoñación y el gozo siempre cercano atenúa la espera.

Hasta las once mi gobernanta no me propuso la vasija y el cubo. Pedí la vasija y, después, autorizada a sentarme en el escabel, fui alimentada con tres bizcochos y una taza de café muy azucarado. Para completar la comida, un postre abundante y sabroso, servido con cucharilla; son avellanas que debo masticar lentamente. No siento repulsión alguna, sino un fluir de la vulva mientras las degusto. Permanecí sentada hasta el mediodía. Los movimientos que tuve que realizar me habían revelado hasta qué punto mi cilicio trabajaba las carnes, especialmente en los riñones y las entrepiernas. El escozor se atenuó lentamente.

A mediodía, me conducen a gatas a la habitación de mi amo. Ya está preparada mi «casita». Evidentemente, quien dice perro dice casita, y eso era lo que faltaba todavía a mi domesticación. Mi perrera no es mucho mayor que las de un San Bernardo o un perro pastor de los Pirineos. Está adosada a la pared. Su entrada es similar a la de todas las casitas. El techo está formado por dos paños, pero no tiene más que una delgada abertura. Me hacen observar que, en medio de ese techo, hay una abertura circular que, serrada transversalmente, puede abrirse en el techo. Hago entonces lo que esperan de mí. Aunque mis manos no me facilitan la maniobra, me introduzco en la perrera con la cabeza por delante. Me giro de forma a colocarme de frente a la entrada. Me incorporo sobre las rodillas y mi cabeza emerge por la abertura del techo que, así,

queda cerrado y fijado. Mi cuello, a su vez, también queda sujeto sin que por ello me moleste. Todo ha sido perfectamente calculado para que esta especie de picota quede apresada en la base del cuello y mi cabeza se levante perfectamente por encima del caballete. Para que mis rodillas martirizadas no padezcan tanto, han colocado en el suelo de mi morada una alfombrilla.

Mi amo lleva en la mano una extraña cofia negra, a un tiempo cogulla y máscara. Me la ha colocado como si se tratara de un pasamontañas. Hecha de una goma muy flexible, ciñe mi nuca y mi rostro; abierta en la cúspide, se adhiere a mi cráneo por debajo de mis cabellos: el ajuste es perfecto. Las dos aberturas correspondientes a los ojos están ribeteadas de blanco y sombreadas por gruesas pestañas duras, parecidas a las de un mastín. Mi nariz es duplicada por una segunda nariz, aplastada y retraída como la de un dogo. Dos mechones hirsutos surgen en los pómulos. Mis orejas son prolongadas por dos cornetes rígidos y peludos. Esta es la imagen de mí misma que me ofrece el espejo que han tenido a bien presentarme. Jamás me he amado tanto.

—¡Gracias —digo—, oh, gracias!

Mi amo me habla:

—¿Feliz?

—Sí, mi amo, muy feliz.

—¿Por qué?

—Porque, al elegirme como tu perra, no creo que pudieras hacer más y mejor.

—Le debemos mucho a Madame Augusta.

En otros tiempos, dirigió un pensionado muy especial en Budapest. Tiene ideas y buen gusto.

Mi amo acaricia mi cabellera.

—Adoro esa cabeza posada sobre ese techo como la de una condenada a ser decapitada. Bastaría con hacer deslizar una lámina cortante

para que rodara a mis pies. Pero no se trata de separarla de ese cuerpo al que no veo, pero que sé atado, arrodillado y devorado por los fuegos del cilicio. Aun así, ¿estás mojada, Beacul?

—Sí, en abundancia.

—Y te gustaría conocer mis manos, te gustaría que me hundiera en tu boca, en tu vulva, en tu ano. Lo haré, pero deberás tener paciencia.

Mi gobernanta viene a anunciar que mi amo está servido. Avanza, transformada por un vestido negro que le llega hasta los pies calzados con sandalias de oro. Este vestido deja los brazos, la espalda y el pecho hasta la punta de los senos al desnudo; dibuja un talle que ha permanecido esbelto bajo el balcón del pecho opulento. ¡Cuan fácil es engañarse! Esta mujer tiene formas soberbias, distinción y melancolía. Mi amo se inclina, respetuoso. La sigue, y yo me quedo sola.

Pronto advierto que me mojo menos. No es que mi excitación haya desaparecido, sino que no subsiste más que en mi imaginación. Me hundo en una especie de relajante torpor. Todo en mí es calor, y tan sólo cuando muevo las rodillas el cilicio recobra su eficacia, aun así atenuada por la alta temperatura de mis carnes enfebrecidas. Ardo dulcemente. Bebería de buena gana, pero hasta las tres no aparece nadie. No obstante, sé que han dispuesto una mirilla en la puerta del cuarto de estar y que me vigilan.

A las tres me sacaron de la perrera y me liberaron del cilicio. A medida que me lo iban quitando, mis sentidos se exaltaban de tal manera que estuve a punto de gozar y desvanecerme, todo a un tiempo. Mi gobernanta me condujo al patio.

Ya no llueve; brilla el sol. Durante un cuarto de hora, trabada y atada, doy vueltas al patio de puntillas. El aire es suave a mis carnes irritadas; vuelvo a sentirme fuerte.

Mi amo, de pie ante la puerta de mi celda, me sigue con interés.

Una vez terminado el paseo, utilizo la vasija; después, me instalan, no sobre el cubo, sino sobre un cántaro de cemento con borde ancho. Me advierten que no podré aliviarme hasta que me autoricen. Espero, perturbada al verme por completo expuesta y ridícula. Por fin, me conceden el permiso.

Por tercera vez en el día, he reencontrado el tormento de mi segunda piel, pero ya no la cogulla. Mis manos y pies están libres; controlan la depilación de mis axilas y mi sexo y me afeitan las cejas. En cuanto a mis cabellos, los han reunido en una única trenza que las tijeras han cortado de raíz. Gilbert se ha entretenido en perfeccionar esa tonsura y luego en agrandarla hasta completarla. Enjabonada y dos veces afeitada, la superficie despojada de todo vello ha sido por fin friccionada con agua de Colonia y después pulida con un paño de lana, de modo que, cuando me vi en el espejo, constaté que tenía el cráneo tan liso como el culo y mucho más cónico de lo que había pensado. En resumen, una nimiedad que iba más allá de todo lo previsto, hasta tal punto que sin duda me habría desvanecido si Gilbert no me hubiera abofeteado severamente.

Entonces me llevaron hasta la estaca. Estábamos conmovidos a la vista de esa rígida lógica, erguida sin recurso en sus quince centímetros de altura y diez de circunferencia en la base. Dos manos me abrieron en el glande, grueso como un huevo de pintada, y me sostuvieron durante mi descenso, tan abundantemente lubricado que se efectuó al mismo tiempo de manera severa y fácil. El asiento se adhirió a mi hendidura y la mantuvo abierta; mis piernas, plantadas sobre la pica de mis pies

inmediatamente atados, elevaron mis rodillas a la altura del sexo. Muy profunda y perfectamente penetrada, sonreí al sentirme totalmente «empotrada».

Permanecer así dos horas en la punta del culo, con la urgencia de la defecación, habría sido una prueba muy seria de no ser por Gilbert, quien no me abandonó ni un instante, tomando a veces en su boca la lengua que yo sacaba, prolongando hasta el último instante un maravilloso estado de orgasmo larvado.

Lo que fue ese último instante no puede describirse sino gritando. Estos castigos sin tregua ni piedad constituyen la prueba de que he cambiado y de que los rechazos físicos que yo presentía hace algún tiempo no son imputables al castigo en sí, sino a la representación que de él se hacía un espíritu mal educado. No habría por lo tanto razón alguna para interrumpir este maravilloso castigo, seguido según la lógica de una lavativa de glicerina de unos dos litros. Lentamente infiltrada mediante jeringa y absorbida mientras permanezco de rodillas, con la cabeza baja sujeta a la guillotina, la bebida encauzada por una gruesa cánula dura la hora de picota que sigue a la borrachera. Después de la ingestión y una vez destornillada la cánula, el vaciado se efectúa mediante pequeños chorros rápidamente controlables.

Gilbert ha levantado mi rostro y hundido su mirada en mi espera. Ha sostenido largamente la fiebre de mis ojos húmedos e implorantes. Después, su mano dirige mi rostro hacia un pórtico, cuya viga transversal está provista, en su parte central, de una anilla de donde cuelga una corta cadena prolongada por un garrote de cáñamo del grueso de un pulgar. Mi atención recorre no sin terror ese castigo y se fija en el

embaldosado en el que se ha instalado el «pupitre», cuya tapa, fijada a una tableta horizontal, baja progresivamente hasta el suelo.

Gilbert no deja escapar el más ligero sonido. Un breve escalofrío recorre mis labios de una sonrisa. El verdugo, desnudo, con excepción de una malla ceñida de color negro que le asciende desde los tobillos hasta las entrepiernas, me señala el final de la estaca, guía mi marcha hacia la horca y me conduce, atada, con el vientre hinchado aún por el resto de la lavativa, hacia el pupitre.

Ahora estoy de pie sobre la tablilla, con los pies juntos, planos, y el garrote a la altura del rostro. El verdugo sube al taburete, aprisiona mi cabeza, ajusta la corbata no lejos de la base del cuello, prestando atención a que el nudo quede colocado entre la nuca y el lóbulo de la oreja derecha, y que la cuerda se deslice con facilidad. La cadena pasa por el gancho para asegurar la tensión, sin que los talones tengan que levantarse demasiado y no obstante aparezca la congestión.

Me piden que saque mucho la lengua.

Sonrío y obedezco.

Tras comprobar la lubricación del sexo, el verdugo se arrodilla frente al pupitre al que va haciendo retroceder poco a poco, mientras mis talones se levantan siempre más, mis pies se empinan y los dedos se crispan sobre la primera arista, fijada transversalmente y destinada a retenerlos. La congestión se acentúa, la nariz resopla, el ano se abre, un pie se desprende de la arista y gira en busca de un apoyo. El verdugo coge el otro pie por el tobillo y lo sostiene con ambas manos, apartando el pupitre con la rodilla. Ahora, está el vacío debajo de la ahorcada; en la cabeza inclinada hacia el lado izquierdo, todo se ha vuelto carmesí, después purpura, con morados en los pómulos. La boca ruidosa recobra una

lengua hinchada; muy pronto, corre moco de la nariz; el vientre se vacía de la lavativa en un chorro rígido. Es entonces cuando los pies montan uno sobre otro, los muslos se anudan en un roce que acelera el orgasmo, que, tras tan larga continencia, se dispara como el de un hombre, explotando en la impotencia del grito. Después de un largo instante, un golpe de hacha corta la cuerda. En los brazos que la reciben, la ahorcada termina de vaciarse soberbiamente por todas partes, pipí incluido, y se deja caer de rodillas.

En el gran lecho de Gilbert, acaricié largamente, y de todas las maneras, dos cuerpos desnudos. Ignorante hasta entonces de todos los extremos que una mujer puede exigir de otra, me instruí seguida por el ojo atento de mi amo. Luego, me devolvieron a la perrera, donde, atada y enmascarada, seguí sus jugueteos y los contemplé en su sueño. No interrumpieron su noche más que para desnudarme y flagelarme en el potro de castigo. Hasta el amanecer, los látigos y las varas actuaron con rigor sobre mi cuerpo desconjuntado, y lo hicieron con tal severidad que a uno y a otro lado de mi montura, el embaldosado blanco se tiñó de sangre.

Cuando sentí bajo los azotes que mis nalgas se volvían cremosas y amistosas, me rebelé contra este exceso de dulzura y, como para no decepcionarme el látigo desgarró la planta de mis pies y aullé mi gozo. No era sino el principio, porque, algo más tarde, Gilbert, subido a un taburete y revestido de toda su fuerza, se hundió una y otra vez y alternativamente en los dos orificios de mi raja, abierta con las dos manos para penetrarme durante tanto tiempo, con succiones de quien lame una sopa, que me vacié de todos mis jugos. Después, Gilbert se fue. Le dije que al domingo siguiente estaría seguramente

indispuesta.

—¡Entonces, prefiero ir a cazar patos! —me respondió.

Sé que se alegra de haberme comunicado que no existo para él más que en estado de servidumbre, pero estaré privada de su presencia durante quince días, lo cual me resulta insoportable. Es un milagro que haya oído que permanecería en el potro toda la mañana, que después descansaría durante dos días y que, una vez transcurrido ese tiempo. Madame Augusta atendería a las necesidades inherentes a mi condición de «perra».

9

Ese domingo, como, por otra parte, todos los precedentes, Madame Augusta me llevó al santo oficio. Esta era, además de mis paseos y la gimnasia cotidiana, la única salida autorizada de nuestro «monasterio».

En la iglesia, me puse de pie encima de la rejilla de la calefacción. El aire caliente me subía hasta el sexo. Al inclinarme, me alcanzó los senos. Fue sobre todo entonces cuando me sentí libre entre todas aquellas mujeres sometidas a sus prendas.

Evadiéndome de las habituales plegarias, me veo en la estaca, emparedada en mi celda con la punta de los pies ofrecida a los excesos de los garbanzos. La estaca es una de las pruebas cuyo rigor queda inmediatamente recompensado por el sentimiento de la perfección; de ahí la impaciencia por realizarla y la voluntad de resistirla. Es sin duda el acortamiento progresivo de la cadena, realizado día a día gracias al esmero de Madame Augusta lo que me exalta, porque eleva y proyecta mi mentón por encima y más allá de mi collar, asegurando al mismo tiempo mi estabilidad mediante la doble protuberancia de las tetas y del culo. Pero ¿qué es eso comparado con el espesor de los granos bajo mis dedos separados y al acto martirizados por los garbanzos que se insinúan entre ellos? Arqueo muy fuerte los tobillos y

aprieto con violencia las nalgas, pero el aire caliente es demasiado agradable y nada ocurre.

A la salida de la iglesia, soplaba el cierzo arrancando vellones a los árboles de la alameda. Me detuve frente a la fuente congelada con el objeto de definirme mejor a medida que el frío retomaba, por la parte de abajo, posesión de mi desnudez, aislándola progresivamente del calor recibido. Caminé sin forzar el paso, orgullosa bajo mi peluca negra, feliz de que el cuero de mis escarpines protegiera tan mal mis pies desnudos, atenta a mis piernas y a mis nalgas escarchadas.

Al abandonar la alameda para tomar el sendero entre los huertos, desabotoné mi abrigo de cuero forrado en piel. Con las manos hundidas en los bolsillos, mantuve abierto mi abrigo; quedé sin respiración y me cogí el vientre con las manos para protegerlo, dejando libre el pecho. A cien metros de la casa, dejé mi sexo al desnudo, las manos colgando a cada lado y terminé mi recorrido, abierta, dura como el mármol frío, abrasada no obstante por mis deseos pese a la ingratitud del tiempo.

Sé que Gilbert ha llegado, porque el sendero está surcado de huellas de ruedas de coche. Un gran mirador acristalado, al que se accede mediante tres escalones, protege la planta baja de la villa. Pronto me encuentro en él, cómoda casi a pesar mío, abrigada del viento cortante en la luz amortiguada del hielo, que, obturando la menor fisura, lo hace todo hermético.

Frente a mí se abre la puerta del apartamento. Aparece Gilbert, vestido con un chaquetón acolchado. Me ofrezco a él con el abrigo abierto. Gilbert me sonríe, se acerca, toma mis labios. Con una mano, mantiene levantado mi mentón; con la otra, hace deslizar la piel, que cae a nuestros pies. Prolonga el beso. Yo me quito los zapatos.

A señal suya, recojo zapatos y abrigo y se los entrego. Me quedo sola y desnuda, caliente en mi carne helada. Gilbert reaparece enseguida, trayendo un látigo de nueve correas, con pequeñas púas de acero. Mi cuerpo lleva, atenuadas, las huellas de los azotes infligidos durante la última flagelación por Madame Augusta.

—Qué regularidad en los intervalos —me felicita.

—Mi habilidad rellenará esos espacios descuidados —añade Gilbert. Su mano pesa sobre mi nuca, me inclino con los brazos delante de mi sexo. Ahueco la espalda.

—¡Beacul, no te muevas! —me ordena.

Las correas silban, muerden la intersección de las nalgas con los muslos, duplicando las huellas anteriores. Con el aliento cortado, dejo escapar una especie de ladrido, me tambaleo, el corazón me falla. Me sostiene, me habla con suavidad:

—Sí, lo sé, cuanto más fría está la carne, más sufre.

Un beso roza mis labios, una mano acaricia mi sexo, gruño. Me incorpora, me obliga a inclinarme hacia atrás. Cruzo las manos a la espalda, junto los muslos, los endurezco. El azote se abate, terrible, justo debajo de mi hendidura depilada, renovando allí la antigua marca.

Me oigo gritar y me desplomo en el abrazo caliente del hombre vestido que ya no puede dudar de mi alegría en el sacrificio.

—¡Rápido, no vayas a enfriarte!

Sosteniendo con las dos manos mis senos petrificados, emprendo una carrera a paso de gimnasia por todo el mirador.

—¡Levanta las piernas, más alto! ¡Qué los talones golpeen las nalgas!

El látigo de cuero, manejado con dulzura, me estimula sin violencia, pero sin pausa y sin

escatimar lugar alguno entre la nuca y la planta de los pies, calentando rápidamente el conjunto del cuerpo que enrojece y se pone color carmín.

—¡Ahora, coge la cuerda y úsala aquí mismo!

Sigue la carrera «a gatas», de puntillas y sobre las palmas de las manos, con la espalda combada, los senos ofrecidos, a intervalos razonables, a la caricia de las púas siempre ávidas de las correas. Al cabo de media hora de «cultura física», volvemos a entrar y, tras permitirme arrodillarme, Gilbert se instala frente a mí.

Su mirada inquisitiva ha perdido insistencia. Le siento deseoso de relajarme. Todo en él se ablanda. Incluso su voz se hace más insinuante:

—¿Cómo has mantenido viva mi presencia en esos quince días? —me pregunta.

—Comportándome, cuando tenía que someterme a las fantasías de Madame Augusta, como si fueran tuyas —respondo.

—¿Por amor al castigo?

—De ningún modo. Sería, me parece, conducirme como una cría que disfruta quitándose las bragas y recibiendo azotes. Sin duda hay algo de eso, pero es sobre todo el sentimiento de dedicarme a un culto, a una liturgia en la cual tú eres, según siento, a la vez el Dios y el sacerdote.

—Aquí alcanzamos —observa Gilbert—, y me alegra que tu evolución me permita hablarte de ello, las bases mismas de este «Orden» erótico en el que acabas de ser sumariamente introducida y que te permite existir con mayor intensidad.

—Es verdad, existo con mayor intensidad. La profunda ternura de Batilde primero y, después, tu atención permanente en cada una de mis pruebas, me han ayudado a superar los obstáculos de la curiosidad temerosa y del dolor, al principio mal aceptado y luego, por fin, convertido en voluptuosidad. Solicitada por un rasgo de humor,

por una insolencia de niña, por un capricho de mujer exigente, la sucesión de tormentos hizo que cada semana se elevara un poco más la pirámide que es ese don de sumisión tumultuosa de las relaciones carnales.

Me sorprendo de verme tan charlatana, pero Gilbert parece, por el contrario, favorecer con un gesto consentido de la mano mi confesión y, liberada, continúo:

—El largo camino de la espera, puntuado por suaves y lentas emociones de los sentidos, ocultas al principio y luego reveladas cada día más como secretos desvelados tras de cada esfuerzo, ¿sería acaso la trama de lo que llamas «orden erótico» y que desconocía hasta ahora?

—Eso es; la disciplina y la mortificación constituyen su núcleo. El medio para llegar a ellas es una lenta y metódica iniciación cuyo resultado debe ser una toma de conciencia, y cuya consecuencia será la búsqueda ulterior del mejor empleo de ese don revelado. Así es cómo, en el plano práctico, las solicitaciones místicas, como las diversas humillaciones y la meditación, unidas a ejercicios físicos de disciplina corporal de naturaleza distinta, como el látigo y el empalamiento, te han conducido de manera natural a tu bautismo de sangre, y hasta a la horca, cima vertiginosa de la Regla. Al comienzo, se te azotaba como castigo; ahora, el castigo, esa voluptuosidad en el sufrimiento, es una recompensa a tu espera.

Mientras habla, Gilbert se desnuda y, por el bulto y la humedad de su slip, calibro la excitación de su sexo. Roza mis senos con sus labios. Le interrogo con la mirada, y su respuesta no se hace esperar:

—Sí, aquí estás, con ese gusto por el pecado que te posee totalmente, ¿no es así?

Asiento.

—Sí, ¿hasta el sacrilegio?

—¡Sí, naturalmente!

—¿Y te confiesas de rodillas?

—Sí.

—¿No te cuesta mucho ese gesto?

—No, estoy mejor así.

Así colocada, contemplo mi cuerpo que se desdobla en el inmenso espejo que cubre enteramente la pared opuesta a las ventanas. Procuro reencontrar en el espejo, sin que me lo solicite y con cierto orgullo, la pose ideal que tan a menudo he adoptado bajo su mano: juntar pies y rodillas, hundir el vientre y mantener las manos a la espalda con el objeto de que los hombros se encojan y, que, «arqueada de proa y de popa», como él precisaba a menudo, me ofrezca a todo. Es verdad que tener las manos a la espalda es más engorroso, pero, así suspendidas bajo los omóplatos, dejan libres los riñones y no comprometen esa prominencia de la grupa que él calificó un día de «excepcional». Por cierto, si estuviera menos arqueada, no disminuiría mi aceptación, pero el estarlo intensamente la ratifica con una especie de necesidad. Analizar así mi conducta me brinda la manera de provocar, de renovar y hacer durar la situación hasta la perfección.

Gilbert adivina mi pensamiento.

—¿Sin duda comprendes que no puede ser de otra manera? —pregunta.

—¡Lo admito convencida!

Gilbert se levantó y se colocó detrás de mí, lejos, allende el alcance de mi mirada y el reflejo del espejo. Por un momento, permanecí en la incertidumbre, pero pronto regresó, liberado de su slip. Frente a mí, acariciándome un seno con la punta de un pie, buscó la distancia adecuada para

que yo no pudiera alcanzarlo más que adelantando todo lo posible la cabeza, con los riñones arqueados de tal manera que mi grupa alcanzara su pleno desarrollo en la separación de los muslos y que el espejo reflejara mis aberturas en toda su generosidad. Fiel a la intención de situarme en la más acabada perfección, le sugerí que me atara las manos por encima de los lomos, lo cual se llevó a cabo de inmediato.

En los momentos de descanso, entre dos lentas y profundas absorciones golosas, le repito que adoro atracarme así y cuan sensible me resulta la doble atadura de la cuerda.

—Mediante este artificio —pondera Gilbert— se vuelven obligatorios la desaparición de los hombros y el acercamiento de los omóplatos, cuya protuberancia no es menos conmovedora que la separación de las nalgas.

Mi boca, sometida a una succión paciente, minuciosa, exhaustiva, alcanza una espléndida armonía con su sexo tendido hacia el gozo.

Más tarde, tras haberme nutrido, me atrevo a preguntar:

—¿Y cómo imaginas tú la continuación?

—Sin duda, bastaría con explotar tus disposiciones místicas, como en otros tiempos ocurrió con Palmira y Jacinta, para obtener, primero, obediencia y, después, total adhesión y satisfacción inequívoca. Por otra parte, convendría racionalizar tu comportamiento cotidiano, presentártelo como necesario y completar su evidencia lógica mediante un desarrollo histórico. Nuestras pasadas diligencias constituyen ya un método, ¿pero no conservan acaso un carácter empírico y, por eso, torpe? Una progresión sistemática y razonada nos aseguraría sensaciones más ricas. Recuerda que tu esposo está a punto de volver. El regreso a tu casa será para ti la ocasión

de hacer la síntesis de lo vivido aquí, así como de recobrarte del todo.

—Creí que a partir de ahora me quedaría contigo. No deseo regresar a la mediocridad.

—Sin embargo, deberás regresar a tu vida habitual. El retiro, tal como lo has vivido, no es sino una fase excepcional que no adquiere valor más que en el hecho de ser excepcional. Es evidente, y puedes estar segura de ello, que, cuando el señor Darty vuelva a ausentarse en una misión, se te brindará la posibilidad de participar en una nueva fase de lo que debes considerar como un juego, un juego muy serio, claro, porque exige un compromiso psíquico y físico completo, pero un juego al fin. En ese momento, definiremos exactamente tus aspiraciones, con el objeto de que tu placer sea «a tu medida». ¡Y, a partir de ahora, Beacul, deberás cultivar la espera!

—¿Pero no podría verte, pese a la presencia de mi marido?

—No, Beacul, a partir de ahora no podría satisfacerme con tu sola presencia; las sesiones de pose serían un tormento vano e inútil.

—Comprendo, tienes razón, ¿pero no podría acondicionar en mi casa una celda en la cual poder mortificarme a gusto?

—Es verdad, eso podría hacerse. Sin embargo, ¿para qué vivir de ilusión cuando la realidad es tanto más fiel a la verdadera sensación?

—Es verdad, Gilbert, no soy razonable.

Me arrojo a los pies de mi amo y toco con esmero y humildad cada uno de los dedos de los pies del ser amado.

Él se confiesa:

—Que te guste ser azotada no me sorprende demasiado, pero que sea con semejante ternura y que, a partir del instante en que superas el paroxismo del sufrimiento, goces tan

furiosamente, me excita más que la vista de tus carnes ensangrentadas.

Así es cómo me advierte que voy a ser pronto flagelada de la nuca a los talones, hasta sangrar.

—¿Consientes? —pregunta tan sólo.

—¡Sí, me sorprende de no haber tenido que consentir antes!

—¿Te someterás también a los castigos susceptibles de acentuar el sabor incisivo de esta tortura?

—Me someteré.

—¿Recuerdas que deseaba que tus aberturas estuvieran selladas? Pues bien, lo estarán.

En seguida, me introducen en el sexo un escobillón de cuero liso, muy invadiente, que puede retirarse mediante una anilla escondida por mis labios; mi boca recibe un chupete con disco y anilla de hueso, cuya tetina de goma compacta alcanza la dimensión de un huevo; mi ano, por fin, es penetrado por un tapón concebido poco más o menos como el chupete, pero atravesado por una cánula del grosor de un cigarrillo, obturable a voluntad mediante una clavija.

Al sugerírseme volver a mi celda, taponados coño y culo, y el chupete en el hocico, franqueo de rodillas la puerta mística.

Él ha entrado. No vuelvo la cabeza. Me regocijo de presentarme tal como él lo desea y me lo impone la Regla. Se ha contentado con arrodillarme en mi lugar e introducir mi cabeza en la guillotina. Un profundo silencio me permite creer que me ha abandonado por un momento.

Después, sin advertencia alguna, todo me pica, todo me rasca y, luego, intensamente, todo el culo arde. Gilbert no emplea toda su fuerza para azotarme, pero actúa de manera tal que aprecio en seguida que lo haga con tanta severidad y con un pesado látigo de cuero claveteado. Juiciosamente,

reparte los azotes; la anestesia local despierta en mí a la perra.

—¿Te gusta, Beacul? —me pregunta en seguida.

—Sí, me gusta.

—Entonces, ya no te debo nada más.

Sin que me lo ordenen, me dedico a contar y a agradecer espontáneamente y en voz alta cada una de las mordaces caricias. El soportarlas sin jamás olvidar decir la cifra ni gritar mi agradecimiento, no es en modo alguno prueba de que el castigo sea insignificante, ni de que haya retenido mis lágrimas y el moco que me corría por la boca. Cuando me señalaron que corría la sangre y, después, cuando la sentí deslizarse por mis muslos, una prodigiosa hinchazón se apoderó de mi sexo y de todo mi ser, me llenó hasta los ojos, hasta debajo de las uñas, y, aullando cifras, vociferando mi gratitud, estallé, jugosa como un fruto maduro.

La salazón es mucho más «salina» que antes. Es imposible exigir sangría más copiosa, y pantorrillas y pies más pringosos.

Y ahora, otra vez, el *collant* de crin, monacal, tumbarme en las mallas metálicas de la rejilla y el vértigo de la larga noche que va a imponerse, trivial, hasta el próximo juego, como dice Gilbert. Mis manos sólo se permiten permanecer planas a uno y a otro lado del tormento que fascina por los pensamientos que suscita gracias a la vuelta a la Norma y a la Cámara de los Suplicios.

De las paredes encaladas cuelgan aceradas ramas de escaramujo, cuyo color recuerda los cuernos de un ciervo y que son como promesas de futuros castigos.

Gilbert, en su viril ostentación, se funde en un desgarrador homenaje a la ola triunfante de las salas ensangrentadas; su boca embriagada se apodera de todos mis orificios, sus labios se

eternizan y se agarran a ellos, hasta tal punto me exaltan que termino gritando:

—¡Chupa mi sangre, Barón!